



Tipo de documento: Tesis de Grado de Ciencias de la Comunicación

Título del documento: Conversaciones de paz firmando la guerra : la construcción periodística realizada por Revista Semana de los Diálogos de Paz de San Vicente del Caguán, Colombia (1998 – 2002).

Autores (en el caso de tesis y directores):

Laura Nataly Pinzón Capote

Alejandro Cánepa, tutor

Datos de edición (fecha, editorial, lugar,

fecha de defensa para el caso de tesis): 2019

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
Para más información consulte: <http://repositorio.sociales.uba.ar/>

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)



La imagen se puede sacar de aca: https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR





UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN SOCIAL

Tesina de grado

Conversaciones de paz firmando la guerra: La construcción periodística realizada por *Revista Semana* de los Diálogos de Paz de San Vicente del Caguán, Colombia. (1998 – 2002).

Presentada por:

Laura Nataly Pinzón Capote
DNI: 95.132.685
laura.pcapote@gmail.com

Tutoría:

Lic. Alejandro Cánepa

Octubre de 2019.

“Hacer es la mejor manera de decir”.
José Martí

A Yolanda, Carlos y Luis Carlos,
por el arte de enseñar a vivir a partir del ejemplo.

A la Universidad Pública,
por el pensamiento crítico.

A Argentina,
por las compañeras y compañeros
que han sido mi hogar.

A mi Patria,
por su ‘canto de selva rugiente y plena’
en defensa de la alegría y de la Nueva Colombia.

Indice

Introducción	04
CAPITULO I.	10
Metodología	10
Estado del Arte	11
Marco Teórico	18
CAPITULO II. Breve caracterización del conflicto político, social y armado	25
Diálogos de Paz de San Vicente del Caguán	30
CAPITULO III. <i>Revista Semana</i> como actor político	34
CAPITULO IV. Entre la paz y la guerra: Narrativas de representación en la cobertura de <i>Revista Semana</i> de los Diálogos de Paz de San Vicente del Caguán (1998 - 2002) ...	40
Narrativas de representación circundantes a la paz	41
Narrativas de representación circundantes a la guerra	52
CAPITULO V. Conclusiones	70
Palabras finales	74
BIBLIOGRAFIA	77

Conversaciones de paz firmando la guerra: La construcción periodística realizada por *Revista Semana* de los Diálogos de Paz de San Vicente del Caguán (1998 – 2002).

Introducción

Desde la década de 1940, Colombia ha atravesado un conflicto político, social y armado que ha marcado el desarrollo de su historia y ha configurado una realidad particular en el contexto latinoamericano. En ese marco se ha desarrollado una configuración de fuerzas sociales en disputa que han protagonizado desde entonces la vida política nacional: Guerrillas, movimientos sociales, sociedad civil, y la configuración de un Estado contrainsurgente a partir de la estrategia paramilitar, todo ello desarrollado principalmente en los espacios rurales, y comunicado a los espacios urbanos a través de los principales medios de comunicación.

El ecosistema mediático colombiano se desarrolló entonces en medio de este contexto de violencia política, su participación como fuerza es un debate amplio en el campo del periodismo nacional, ya que en el cumplimiento de su función de comunicar al “país urbano” lo que acontece en el “país rural” fue configurando un discurso, y construyendo periodísticamente la imagen del conflicto y de sus fuerzas en disputa, y a su propia imagen como un actor “neutral”.

La lectura que la población colombiana ha hecho de los acontecimientos durante más sesenta años ha estado mediado por la participación de la investigación periodística y sus relatos, y se ha construido además como el único medio a través del cual es posible conocer ese conflicto aparentemente lejano de las ciudades principales, ya que en ninguna etapa de la formación escolar y secundaria hay referencia alguna a la configuración de este conflicto.

En ese marco general, durante el período 1998 – 2002 se desarrolló el cuarto intento de negociación de paz entre el Estado colombiano, ésta vez en cabeza de Andrés Pastrana, y la guerrilla más antigua y numerosa del país, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de

Colombia – Ejército del Pueblo FARC – EP. El contexto internacional y el fin de siglo marcaban una coyuntura con una serie de elementos que terminarían siendo protagónicos en el desarrollo de las conversaciones. Adicional a ello, la escalada en los niveles de violencia en todo el territorio nacional, el recrudecimiento del accionar de los grupos armados ilegales, y una mayor visibilidad internacional de las FARC – EP hicieron de éstas conversaciones unas muy conocidas y cubiertas por los medios de comunicación nacionales e internacionales.

Así, *Revista Semana*, la revista de análisis político de circulación nacional más leída en el país realizó una cobertura periodística en profundidad de dichos acontecimientos. Desde el inicio de éste período en particular, construyó con insistencia la imagen de las fuerzas sociales protagonistas del conflicto y alimentaba el debate a partir del prestigio de sus columnistas y su orientación política: fundada en 1946 por un ex presidente del Partido Liberal, siguió ese lineamiento ideológico, que en el contexto colombiano la ubicaba en un espectro de ejercicio de periodismo de investigación con importantes elementos críticos.

En el campo de la investigación sobre el desarrollo del conflicto en Colombia, el eje del análisis del rol de los medios de comunicación en el contexto de conflicto es uno de los menos explorados. Con muy pocas investigaciones hechas al respecto, queda todo un campo de interrogantes sobre la manera en que los medios de comunicación colombianos narran el conflicto social y armado más largo del continente latinoamericano, generando a la vez una interpelación a los y las estudiantes del área del Periodismo y la Comunicación a indagar sobre ello.

Para la historia reciente de América Latina es fundamental comprender qué papel jugaron los principales medios del país, en este caso la revista de análisis político más importante, en la configuración de la imagen y el discurso, no solamente de quienes hasta ahora siguen haciendo parte de un conflicto que no cesa, sino de los mismos imaginarios de paz y guerra. El vínculo medios – conflicto es fundamental para comprender la actualidad política colombiana y latinoamericana en general.

Las materias que componen el Plan de Estudios de la carrera de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Buenos Aires brindan la herramientas necesarias para aportar en ese sentido: la Orientación en Periodismo y el desarrollo del tronco

general de la carrera incentivan a la problematización de la realidad latinoamericana bajo una clave mediática y política, comprendiendo a los medios de comunicación como fuerzas compuestas por sujetos sociales producto de contextos e intereses particulares, y a los discursos mediáticos como producto de procesos de semiosis social y construcciones sociales en el marco de un modo de producción capitalista cuyo funcionamiento cultural está sostenido por procesos de hegemonía, que toma en el contexto actual la forma neoliberal.

El estudio del desarrollo del periodismo en Argentina, su caracterización como un elemento que hace parte del entramado de materialización de la ideología, y sobre todo la noción de éste como parte fundamental de la reconstrucción de la historia local fueron ejes que condujeron a reflexionar sobre la necesidad de realizar éste mismo análisis en el caso colombiano con las particularidades de su contexto por supuesto, pero además, invita a continuar experiencias investigativas al respecto en los demás países del continente.

Planteamiento del problema

En el marco del desarrollo del conflicto político, social y armado colombiano que data de más de seis décadas, se desarrolló entre 1998 y el 2002 el cuarto intento de solución política a través de la salida negociada entre el gobierno de Andrés Pastrana y la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo, FARC - EP, la guerrilla más antigua y numerosa del país.

Estos diálogos se desarrollaron en medio de la confrontación armada abierta entre la fuerza guerrillera y el Estado colombiano, confrontación que tuvo un escalamiento de la violencia alarmante en ese período: Cientos de masacres y violaciones de derechos humanos por parte de los paramilitares con complicidad del Estado, aumento de las retenciones de prisioneros de guerra por parte de la guerrilla, desplazamiento forzado de miles de campesinos hacia las ciudades por intereses en los recursos estratégicos ubicados en sus territorios, entre otros fenómenos que ambientaron las conversaciones de paz entre el Estado y la insurgencia.

Simultáneamente al desarrollo de las conversaciones de paz, el gobierno de Andrés Pastrana adelantó reuniones con el presidente de los Estados Unidos, Bill Clinton, en el que solicitaba una ayuda financiera de aproximadamente 1500 millones de dólares para la llamada “guerra contra el narcotráfico” fenómeno que estaba catalogado como una amenaza para la seguridad nacional de los EEUU. Este acuerdo llamado “Plan Colombia” contenía principalmente un énfasis en el componente militar donde el Ejército norteamericano tendría que brindar asistencia, asesoría, financiamiento y equipamiento al Ejército colombiano para poder librar dicha guerra. Numerosas investigaciones y referencias de expertos en relaciones internacionales afirmaron desde entonces que el real objetivo detrás del Plan Colombia era librar no una guerra contra el narcotráfico, como formalmente decía en su documento oficial —que vale la pena mencionar estaba originalmente redactado en inglés escrito por los mismos norteamericanos— sino asociar el narcotráfico a las organizaciones insurgentes para, con la excusa de denominarlas “narcoguerrillas”, poder librar en realidad una guerra contrainsurgente, fortaleciendo el paradigma de las fuerzas armadas colombianas de solución al conflicto no por la vía política, sino por la vía militar. (Vega Cantor, 2015)

Estos importantes acontecimientos de la vida política nacional durante estos cuatro años estuvieron ampliamente cubiertos periódicamente por *Revista Semana*, la revista de análisis político más importante del país . Consultada por la clase media ilustrada del país, en su mayoría universitaria, que en el contexto en el que se desarrollaron las negociaciones de paz accedía a los análisis sobre el desarrollo de los diálogos de paz a través del soporte de la revista, y especialmente los columnistas que en ella escribían entonces.

Objetivo Principal

Analizar de qué manera la *Revista Semana* construyó una cobertura periodística sobre las negociaciones de paz entre 1998 y 2002 a través de la representación del conflicto a partir de los ejes de “paz” y de “guerra”.

Objetivos Específicos

- Analizar a través de qué mecanismos la revista construyó la imagen del Estado Colombiano y las Fuerzas Armadas,
- Identificar de qué manera construyó la imagen de los grupos paramilitares,
- Determinar de que manera se construyó la imagen de los Estados Unidos,
- Indentificar de qué manera *Revista Semana* construyó una imagen de la insurgencia de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia – Ejército del Pueblo FARC-EP.
- Identificar de qué manera se construyó una representación de los imaginarios de “paz” y de “guerra” en el marco de la cobertura del período seleccionado.

Hipótesis de investigación

La hipótesis planteada es que dicha representación se realizó a partir dos narrativas que se presentaron de forma paralela en la revista, que, aunque son antagónicas en teoría, en la práctica resultan complementarias, y continuadoras del discurso de la clase dominante: La narrativa sobre **paz**, dentro de ello la representación hecha de los elementos más álgidos entre las partes en la mesa de conversaciones, las fuerzas en disputa alrededor de las negociaciones, los acontecimientos nacionales e internacionales que impactaron el desarrollo de las negociaciones, la caracterización del gobierno en ese contexto, entre otros elementos; y la narrativa sobre **guerra**, a través del posicionamiento y amplia cobertura del llamado “Plan Colombia” y el fortalecimiento del aparato militar que implicaba un escalamiento de la violencia contradiciendo económica y materialmente las intenciones de paz del establecimiento colombiano.

Estructura de la investigación

El presente trabajo se organiza en cinco capítulos. El capítulo I desarrolla los marcos generales del presente trabajo a partir de la descripción de la metodología, la sistematización de los trabajos similares que en el proceso de investigación fue posible recuperar, que abordaban de alguna manera el objeto de estudio seleccionado o alguna de las preguntas de investigación, y el marco teórico de la investigación y las referencias teóricas y bibliográficas más importantes para la realización del análisis.

El capítulo II desarrolla un *Breve contexto del conflicto político, social y armado en Colombia*, ubica geográficamente el lugar donde se desarrollaron las negociaciones, describe las causas originarias del conflicto, la relación histórica entre el Estado y la insurgencia, y el papel clave que han tenido los Estados Unidos en esa relación, los distintos elementos que componen al conflicto, la caracterización del tipo de Estado que es el colombiano y la constante exigencia de solución política desde los movimientos sociales y la sociedad colombiana en general.

El capítulo III realiza una caracterización de *Revista Semana como actor político*, allí se desarrolla la historia de la publicación, sus propietarios, composición editorial, y el espectro político que ocupa a partir de su agenda y su relación con los lectores en el marco de la política colombiana.

En el capítulo IV se hacen manifiestas las tensiones entre las narrativas de representación y sus categorías. Se muestra con ejemplos concretos extraídos del corpus de análisis, de qué manera la cobertura periodística que realiza *Revista Semana* de los Diálogos de paz lo que construye realmente es la representación general del conflicto político, social y armado en Colombia para sus lectores, a partir de narrativas que llenan los significantes de paz y guerra a través de la elaboración de un constante discurso aparentemente contradictorio, pero finalmente complementario.

Por último, en el capítulo V se desarrollan las conclusiones de la investigación, poniendo de manifiesto el rol fundamental que cumple *Revista Semana* en lo que los colombianos y colombianas conocen como conflicto, su imagen de la Colombia rural, y sus imaginarios sobre la necesidad de lograr la paz o continuar la guerra.

Capítulo I

MARCO GENERAL

METODOLOGÍA

Este trabajo realiza el análisis de las representaciones construidas por *Revista Semana* a partir de su cobertura periodística de los Diálogos de Paz de San Vicente del Caguán entre Enero de 1998 (Edición 872) y Febrero de 2002 (Edición 1037). La investigación se desarrolla a partir del método cualitativo de investigación social, ya que el interés fundamental es analizar la construcción de sentido que realiza la revista. Toma como material de estudio todas las notas periodísticas rastreadas desde el inicio hasta un mes después de terminadas las negociaciones, con un total de 165 números publicados, y aproximadamente de dos a tres notas referidas a las negociaciones por edición, con un total de 284 artículos periodísticos relevados.

A partir de la investigación de la historia del conflicto colombiano, y el contexto en particular de desarrollo de las negociaciones, se establecieron una serie de categorías que permitían analizar dichas representaciones sobre las variables más conflictivas, tanto internas de las negociaciones específicamente, como externas en términos coyunturales, que influyeron categóricamente en el proceso de las conversaciones durante sus cuatro años de duración. Estas categorías a su vez se separaron en dos grandes grupos llamados en la investigación **narrativas de representación**.

Vale la pena aclarar que la decisión metodológica de no realizar el análisis de la representación de cada una de las fuerzas en disputa de manera aislada, se toma a partir de la comprensión de que esas fuerzas están en constante disputa producto de las variables que modificaron en el tiempo el desarrollo de las negociaciones. Por lo que la comprensión de sus representaciones necesita más de categorías que fueron puntos de conflicto en el desarrollo de las conversaciones, que de definiciones estáticas y atemporales de cada una de las fuerzas en sí mismas.

Entonces, se intentará demostrar a través de la perspectiva crítica de esta investigación que *Revista Semana* construyó la representación de los Diálogos de Paz de San Vicente

del Caguán a partir de dos grandes **narrativas de representación** que son opuestas pero que en conjunto funcionan como continuadoras o legitimadoras del discurso dominante:

La primera, la narrativa de los temas circundantes a la **‘paz’**, dentro de la cual se ubican como categorías los temas más conflictivos en el desarrollo de las negociaciones, a) Zona de Distensión, b) Cese Bilateral de Fuegos y Hostilidades, c) Canje de Prisioneros de guerra/ secuestrados por guerrilleros capturados, d) Imagen presidencial y decisiones del Ejecutivo.

La segunda, la narrativa de los temas circundantes a la **‘guerra’**, dentro de la cual se ubican, a) Confrontaciones armadas durante los años de negociación, b) Paramilitarismo, y c) Narcotráfico y Plan Colombia como manifestación del papel de los Estados Unidos en el contexto de las negociaciones.

ESTADO DEL ARTE: INVESTIGACIONES SOBRE PERIODISMO Y CONFLICTO

A partir de la caracterización hecha previamente, es llamativo que el repositorio de investigaciones académicas sobre la relación entre los medios de comunicación y el conflicto político, social y armado sea muy específico y poco estudiado ó problematizado. La mayoría de las investigaciones publicadas están orientadas a comprender de qué forma el conflicto ha amenazado el quehacer periodístico, pero muy poco se ha investigado cuál ha sido el papel de los medios de comunicación en la construcción de los significantes de “guerra” y de “paz” en un contexto de conflictividad tan alto como el colombiano.

Dentro de las investigaciones que abordaban la relación medios - conflicto, se han hecho valiosos aportes en materia de responsabilidad de los medios masivos de comunicación en la construcción de la imagen del conflicto, el análisis de representación de los llamados “actores” del conflicto y su relación con la utilización del lenguaje, y los estudios sobre la concentración mediática. Sin embargo fue posible observar algún aporte que entrecruzara las variables propuestas en este trabajo de análisis de la cobertura periodística de un medio como *Revista Semana* en un contexto como el de los Diálogos

de Paz de San Vicente del Caguán, clave para el desarrollo de la historia colombiana durante el siglo XXI .

Adicional a ello, a pesar de tener la Carrera de Ciencias de la Comunicación decenas de estudiantes colombianos y colombianas, la historia y el lugar que ocupa Colombia en la actualidad de América Latina es un tema ausente en las investigaciones de grado de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, por lo que este trabajo se presenta como una propuesta de inicio de una ruta de investigación sobre el poco explorado caso colombiano y sus implicancias para las dinámicas sociales y políticas tanto de la región, como de Argentina en particular.

a) Responsabilidad de los medios masivos de comunicación en la construcción de la imagen del conflicto

Jorge Bonilla Vélez¹, uno de los investigadores en medios de comunicación que más ha indagado el área de análisis sobre el papel del periodismo en el conflicto colombiano, hace mención a diferentes investigaciones sobre el tema, y recoge aquellas que analizan “las narrativas mediáticas con las cuales se confeccionan los acontecimientos noticiosos sobre la guerra y la paz, la situación de los periodistas en contextos de violencia política; las interacciones en la esfera pública entre periodistas, políticos y guerreros”. Hace referencia a trabajos que desarrollan el análisis de la naturaleza de las representaciones periodísticas del conflicto armado. “A partir de ello se puede deducir que la fascinación que producen los «hechos de guerra» en las agendas mediáticas obedece a que estos acontecimientos están asociados a valores-noticia que privilegian el drama, la tragedia, la novedad, la espectacularidad, el antagonismo y el heroísmo. Narrativas frente a las cuales los «hechos de paz» viven en un constante opacamiento debido a que no están relacionados con lo insólito, dramático e impactante”. (Bonilla Vélez, 2007:28)

Sobre el Establecimiento de agenda y las narrativas periodísticas y control social, se pregunta ¿Qué papel cumplen los medios de comunicación en la definición de las violencias que son objeto de acciones, reacciones y políticas de Estado? Y encuentra que el protagonismo de la violencia “está asociado a un creciente proceso de narrativización de la información de interés público, orientada más a alimentar el imaginario social que a

¹ Jorge Iván Bonilla Vélez es investigador de la Pontificia Universidad Javeriana de Colombia y director de la investigación “Periodismo, Guerra y Paz : Campo intelectual periodístico y agendas de información en Colombia”.

fomentar el uso público de la razón. Es allí precisamente donde ganan relevancia las agendas mediáticas que hacen uso de las lógicas de la televisión real y los talk show, cuya fuerza narrativa está en la singularización del drama humano y de los sujetos que protagonizan la violencia”

Para Bonilla Vélez, “Las narrativas sobre la paz y la guerra son igualmente manifestaciones mediáticas de las transformaciones contemporáneas de la violencia, que afectan las lógicas periodísticas y develan la relación concomitante entre hechos sociales y hechos comunicativos. Los valores noticiosos y los códigos narrativos se reconfiguran, para dar paso a procesos dinámicos en los que la oferta de prensa es definitiva en la creación de mentalidades e imaginarios que sobre la violencia establece la sociedad día a día e igualmente amplía la oferta comunicativa en las esferas públicas”.

Por otro lado, se destacan también las investigaciones de Fabio López de la Roche², quien afirma que uno de los efectos del dilatado conflicto armado que ha vivido Colombia durante más de medio siglo, es la tendencia al manejo propagandístico de la información no sólo sobre el propio conflicto armado (en la atribución de la autoría de ataques o actos terroristas, número de afectados o de bajas al enemigo, etc.), sino también sobre actividades conexas como la política militar o el impacto de esta sobre la población civil. Para el investigador, “la permanencia del conflicto armado interno coloca entonces al periodismo y a los medios de comunicación en una condición de instrumentos para las políticas oficiales de persuasión y de manipulación de masas ligadas a las necesidades de la guerra: crear sensaciones de que la confrontación militar se está definiendo a favor del Estado (el famoso “fin del fin” de la guerrilla o la negación de la existencia del conflicto armado a través de un recurrente dispositivo retórico durante los gobiernos de Uribe Vélez), o generar climas psicológicos y de opinión que favorezcan la adopción de un fuero militar permisivo con las violaciones a los derechos humanos por parte de miembros de la Fuerza Pública o de la Policía. Esa comunicación propagandística no sólo crea ambientes favorables a la militarización de la sociedad, sino que impide una deliberación crítica y una rendición de cuentas claras a la sociedad por parte del estamento militar” (López de la Roche, 2014:1).

² Fabio López de la Roche es historiador y analista cultural y de medios de comunicación. Director del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales-IEPRI. Doctor en Literatura Latinoamericana y estudios culturales de la Universidad de Pittsburgh. Profesor de la Universidad Nacional de Colombia.

Por esa misma línea, el trabajo de Jairo Ordóñez³ plantea la hipótesis de que en Colombia existe un periodismo que él denomina de *Attachment*, un esquema de blanco/negro, buenos/malos utilizado para explicar el conflicto colombiano, a través del cual se simplifica la lectura del conflicto creando divisiones tajantes (Víctima/Victimario) que contribuyen a polarizar y a la escalación de la guerra. Concluye que “hay una profunda crisis del periodismo en Colombia, ya que en lugar de aportar a la paz y contribuir al debate, periodistas con amplia experiencia, reconocida trayectoria y con posibilidades de expresar sus comentarios en medios de gran impacto en la sociedad colombiana, sin quererlo, se han convertido en actores que promueven en varios de sus escritos, la polarización y la radicalización, evidenciando a la vez la crisis de la sociedad colombiana, donde las posiciones neutrales son vistas con sospecha y en la que sólo se concibe una posición válida”. (Ordóñez, 2011)

b) Análisis de la representación de los llamados “actores” del conflicto y su relación con la utilización del lenguaje:

Sobre el complejo sistema de representaciones que implica esa imagen del conflicto creada y difundida de una forma en muchos casos irresponsable según los autores previamente citados, para Neyla Pardo⁴ es “relevante analizar, en forma crítica, el conjunto de representaciones que los medios elaboran sobre la realidad para identificar no sólo la coincidencia de los acontecimientos con lo que en efecto sucede, sino la existencia de mecanismos de orientación del pensamiento”. En su estudio, a partir del análisis crítico del discurso, busca “una reflexión sobre la responsabilidad de la prensa en materia de aportes a la comprensión de la realidad, para lo cual busca responder la pregunta por la construcción discursiva del actor social”.

Reflexiona específicamente sobre “la construcción de identidades a partir de representaciones estereotipadas”, como es la representación de los paramilitares a partir de lo que ella denomina características ambivalentes donde estos desarrollan acciones

³ Jairo Ordóñez es Comunicador Social doctorado en Psicología Social por la Universidad de Konstanz (Alemania). Se desempeña como profesor de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Santo Tomás de Bogotá, Colombia, y actualmente investiga temas de conflicto, perdón y paz.

⁴ Neyla Pardo es profesora Asociada del Departamento de Lingüística y directora el Instituto de Estudios en Comunicación IECO de la Universidad Nacional de Colombia.

delictivas pero dirigidas a defender el orden social, mientras en la representación de la guerrilla están más presentes expresiones asociadas a la delincuencia, la agresividad, y los caracteriza como sujetos cuya conducta es antisocial. Para la investigadora esa forma de creación de representaciones “permite que desde los discursos sociales se creen unas formas de actuar o imágenes esperadas de los actores, en relación con su lugar en la sociedad que funciona a la manera de un paradigma, lo cual impide una comprensión de la complejidad de la realidad”. (Pardo, 2005)

Por su parte García Burbano, introduce con fuerza las variables de representación social del conflicto creadas por el diario *El Tiempo* (el diario de mayor circulación nacional) en el período mencionado, dentro de las cuales se encuentra la concepción de Colombia como un país naturalmente democrático con un conflicto imaginario, el cual se explica a través de una serie de elementos subjetivos: El conflicto entendido como un problema de salud, como un problema importado, como una amenaza permanente que justifica la represión, como el origen de todos los problemas que tiene la sociedad colombiana, entre otros. (García Burbano, 2017)

Como ejemplo del funcionamiento de estos sistemas de representación se encuentran los estudios de Penagos Carreño donde plantea inicialmente que “las representaciones son un proceso que con respecto a la prensa se da en tres niveles discursivos: bélico-militar, político y moral. El nivel discursivo bélico-militar trata de los actos de guerra como enfrentamientos, acciones de las Farc y operaciones militares. El nivel político hace referencia a la negociación, legislación, políticas de seguridad y valores ideológicos de la guerrilla. Por último, el nivel moral consta sobre el juzgamiento de las acciones por parte de los medios, ya sea con calificaciones como correctas o incorrectas o malos y buenos.

El producto final de todo este proceso da como resultado una entidad histórica o representación de ese otro como enemigo, que estará relacionado con un nivel de relación axiológico (juicio de valor: malos/buenos), uno praxiológico (someter o ser sometido) y un plano epistémico (conocer o ignorar al otro)”. (Penagos Carreño, 2015)

Ejemplifica en otro de sus trabajos cómo esas representaciones del conflicto en la prensa, y particularmente en la plataforma de *Revista Semana* no se dan exclusivamente con la guerrilla como parte del conflicto, sino también con las construcciones discursivas que

configuran la imagen de sectores de la población que se encuentran en medio del conflicto y lejos de los grandes centros urbanos, lo que conocemos como el país rural. Sobre esto analiza cómo *Revista Semana* construye la memoria sobre el Urabá Antioqueño, una de las regiones clave del conflicto, foco de cientos de masacres y violaciones a los derechos humanos. “Los artículos —de *Revista Semana* — se convierten en “caja de resonancia” de las masacres; se utilizan narraciones descriptivas lejos de la objetividad periodística, con altas dosis de dramatismo y recursos literarios que transgreden la crónica y presionan los géneros periodísticos a límites difíciles de definir”. Penagos concluye que “*Revista Semana* elabora una narración centrada en el conflicto armado construida de manera reduccionista, sin contexto y simplista del lugar y que esto afecta la construcción de la memoria y la imagen de Urabá, haciéndola ver como una zona tórrida, violenta y sin esperanza”. (Penagos Carreño, 2011:1)

Una investigación adicional de Yepes-Charry plantea a partir de la teoría de los marcos interpretativos textuales o teoría del *framing*, cómo los paquetes de significado utilizados para abordar las noticias del conflicto refuerzan, según su análisis, la necesidad de la reelección de Uribe Vélez con su proyecto político denominado de “seguridad democrática” de solución al conflicto a través de la vía militar y el escalamiento de la guerra.

A partir de su investigación se evidencia la forma en que *Revista Semana* puso en juego paquetes de contenido para garantizar su reelección, dentro de los que se encuentran “*El presidente Álvaro Uribe Vélez es un hombre trabajador y un político diferente*”, “*La política de Seguridad Democrática ha sido exitosa, ha dado resultados, con la reelección se recuperará la continuidad, un elemento fundamental en políticas públicas*”, entre otros. Se configuró a través de estos paquetes “la figura de Uribe Vélez, no solo en lo personal sino también como sujeto político, dándole atributos como el sacrificio, el compromiso y el trabajo”. (Yepes-Charry, 2014:547)

Para Yepes-Charry en la investigación se encontraron “una serie de elementos que permiten comprender la importancia de los medios de comunicación en la producción e intercambio de información en el sistema político, en especial en un país como Colombia, donde los medios de análisis político y opinión escasean y el interés por los asuntos políticos es cada vez menor.

La importancia de los medios de comunicación en el país radica en que por medio de ellos conocemos lo que sucede en Colombia y en el mundo, a través de ellos podemos estar al tanto de las acciones y decisiones de los gobernantes, y es a través de ellos que recibimos un alto porcentaje de los insumos que usamos para darles forma a nuestras opiniones y comportamientos políticos. Es decir, los medios no solo transmiten información, sino que influyen en la consolidación de una actitud política”. (Yepes-Charry, 2014:555)

c) Estudios sobre la concentración mediática:

El docente colombiano Valencia Nieto desarrolla un “análisis crítico sobre la función que cumplen los medios de comunicación en Colombia en el escenario de la guerra, a partir de describir las características de la estructura de propiedad de los medios, de los lenguajes usados en la información y de las prácticas periodísticas en el cubrimiento de los hechos. La hipótesis es que tales características determinan la producción de la información sobre el conflicto armado, lo cual confunde a las audiencias, toda vez que se priorizan las noticias sobre las acciones armadas de las guerrillas, sin ocuparse de ofrecer una información amplia sobre las causas estructurales que han incidido para que la guerra se prolongue a lo largo de siete décadas”. (Valencia Nieto, 2014:01)

Esta relación de los medios con los diferentes grupos de poder han configurado para Valencia Nieto, la imposición de lenguajes y discursos que terminan abonando a la continuación del conflicto armado y la omisión de sus causas en la distribución de la información que deciden difundir y la que no. Esa relación llega a tal nivel de gravedad que el periodismo termina siendo utilizado, en el caso colombiano “como un órgano de propaganda de todos los estamentos del poder”. Dialoga en su investigación con el concepto de *banalización del mal* de Hannah Arendt, y propone que los medios de comunicación contribuyen a la banalización de la guerra y la política, sus efectos y sus partes, a partir de “sus lógicas comerciales para el mantenimiento del monopolio informativo, y con sus lenguajes guerrillistas y sus prácticas periodísticas desentendidas de lo público”.

Para el investigador “el dispositivo de poder que esa dirigencia ha utilizado para normalizar la guerra, pese a sus crueldades y degradación, ha sido el control que mantiene sobre los medios de comunicación, en especial sobre el ejercicio del periodismo” (Valencia Nieto, 2014:42), lo que impacta profundamente en la comprensión y recepción de las audiencias de lo que entienden como conflicto, con el que se vinculan en muchos casos de las ciudades, únicamente a través de los medios de comunicación que en su mayoría maximizan, o por lo menos distorsionan los hechos.

Muestra de ello es lo que los medios de comunicación muestran sobre las Fuerzas Armadas en general, y el Ejército en particular, “a quienes el periodismo les presta el ingrato favor de presentarlos como héroes intachables, a quienes no se les puede ni se les debe cuestionar ninguna de sus actuaciones, por indelicadas o criminales que estas sean, en tanto son quienes están enfrentando al enemigo número uno de la sociedad, las Farc, mostradas en los medios casi que como el único mal de gravedad que padecen los colombianos.” (Valencia Nieto, 2014:43)

Es importante aclarar que dentro del proceso de investigación se consultó sobre investigaciones realizadas por la Universidad de Buenos Aires sobre el conflicto colombiano, sus representaciones y fenómenos y hasta la fecha de redactado este trabajo no se había aprobado por la facultad ningún tema similar.

MARCO TEÓRICO

Para la realización de ésta investigación se tomaron diferentes referencias teóricas que irán apareciendo mediante se avanza en el desarrollo de la misma, con el objetivo de analizar la construcción de las representaciones creadas a partir de la cobertura de *Revista Semana* del período seleccionado. Vale la pena aclarar que ésta investigación no busca identificar cuál es el impacto de las representaciones a partir de las coberturas periodísticas en los lectores o la audiencia de la *Revista Semana*, sino establecer cuáles son los mecanismos de representación que elabora la revista en el marco de un contexto político, social y armado complejo como es el colombiano, a partir de lo que las investigaciones a las que se hace referencia en el Marco Teórico describen como las características de la prensa y el funcionamiento de la ideología en ella.

En ese sentido, a los fines de esta investigación se tomaron como principales referencias bibliográficas:

Estudios sobre el periodismo

a) Información

Entendemos que la “**información** permite a los individuos conocerse y conocer su entorno, organizar su vida en el ámbito privado y participar en la vida pública. La sociedad accede a la masa de información que refiere a acontecimientos de la realidad especialmente a través de los medios de comunicación, que seleccionan los acontecimientos noticiables y los hacen noticia. En esa interpretación operan las representaciones, los valores, los prejuicios y los discursos de segundo y tercer orden provenientes de niveles y géneros discursivos de una diversa índole”. (Martini, 2000:18)

b) Comunicación:

Entendemos a la **comunicación** como “un proceso de construcción de sentido históricamente situado, que se realiza a través de discursos verbales y no verbales, y atraviesa de manera transversal las prácticas de las sociedades”. (Martini, 2000:17)

c) Noticia

“En la **noticia** se estudian las formas en que se legitima y naturaliza como discurso ante la opinión pública”, afirma que “la noticia periodística es una construcción de la realidad (Verón, 1981), que “existe en función de que la comunicación permite disponer de un mecanismo de relación (interacción) entre los individuos”. Esta definición se constituye en punto de partida del análisis discursivo de la noticia, y desarma la hipótesis de la objetividad periodística. Si los periodistas tienen un rol socialmente legitimado e institucionalizado para construir la realidad social como realidad política y socialmente relevante (Rodrigo Alsina, 1996:30)” (Martini, 2000:103)

Este marco comprende la noticia periodística que como “un tipo genérico de texto que da cuenta “cotidianamente” de lo que ocurre en el mundo”, cobra sentido en la sociedad porque se aceptan como “reales” los acontecimientos que construye” a través de mecanismos propios de los medios de comunicación como son los **contratos de lectura**,

que permiten “el estudio de la producción y circulación de los mensajes en términos de densidad significativa. El contrato se sustenta en una coincidencia (en diferentes grados) ideológica”.

d) Representación

Se toma el concepto de Representación de Jorge I. Bonilla: “Las representaciones son formaciones discursivas que interactúan socialmente y configuran maneras de darle sentido a la existencia, universos de significación, referentes de identidad, pautas de reconocimiento sobre lo común y lo diverso, lo igual y lo diferente, consolidadas en el tiempo a través de intercambios sociales y órdenes institucionales” (Bonilla Vélez, 1998:20)

e) Narrativas

Para Martini, en *Periodismo, noticia y noticiabilidad*, el texto periodístico es un terreno de entrecruzamiento de formas informativas, narrativas y argumentativas:

“La forma narrativa es una manera de acercarse más al lector. En este momento se asiste a una cierta narrativización de las noticias más duras, favorecida por la fuerza narrativa de la imagen televisiva y por el crecimiento de las narraciones particulares. La narración apela a anécdotas, secuencias laterales, descripciones, notas de color”. (Martini, 2000:110)

Cuando se hace referencia a las narrativas sobre paz y sobre guerra, hablamos de los mecanismos discursivos de narración a través del lenguaje político que realiza *Revista Semana* para llenar los significantes de “paz” y de “guerra”: Una serie de elementos ordenados de manera narrativa que se enuncian a partir de lo que el medio entiende como significantes de paz o guerra, y los elementos que las componen.

f) Cobertura periodística: El Discurso de la prensa

Aquí tomamos la definición que realiza Héctor Borrat en su caracterización del periódico, o la prensa, como un actor político:

Por un lado, afirma que “percibir al periódico como actor del sistema político es

considerarlo como un actor social puesto en relaciones de conflicto con otros actores y especializado en la producción y la comunicación pública de relatos y comentarios acerca de los conflictos existentes entre actores de ese y de otros sistemas políticos”.

Respecto el rol del discurso, Borrat anota que “el discurso polifónico del periódico es discurso sobre discursos: sobre discursos ajenos – de los actores, de las fuentes-, rara vez transcritos, normalmente citados de manera fragmentaria o sintética, pero siempre incorporados al discurso propio que los interpreta y evalúa.

Como narrador y comentarista de hechos y procesos políticos, el periódico comparte con las fuentes donde se informa y con los actores de la información los lenguajes políticos. Como participante del conflicto político, usa esos lenguajes ajustándolos a los objetivos de sus estrategias. Pero se concretan en dos acciones interrelacionadas: narrar y comentar. Narrar es la manera primordial que tiene el periódico de usar públicamente el lenguaje político. Comentar es una segunda manera, que en parte coincide y difiere con el temario de los relatos informativos: el periódico comenta solo una parte de las informaciones básicas que narra y, en ciertas ocasiones, comenta así mismo ciertos temas contruidos al margen de la actualidad política narrada.

El discurso público del periódico es un discurso de muchas voces, heterogéneas, pero definidas todas ellas en función de su inclusión y jerarquización como componentes de esa polifonía: pluralidad de voces que ejecutan cantos distintos pero armónicos.” (Borrat, 1989)

Finalmente, ésta investigación parte de la concepción de la prensa como “aquella institución de la sociedad que no solo cumple con la función informativa frente al acontecer social, sino que desempeña funciones de mediación cognitiva desde las cuales ofrece modelos de representación que circulan en la esfera pública como propuestas para entender lo que sucede en la realidad”. (Bonilla Vélez, 1998:11) En este sentido, la prensa se convierte en constructora de la realidad en la medida en que sus publicaciones remiten a un cuerpo de creencias, supuestos y opiniones de quienes las emiten. Ésta, más que contar lo que ocurre en la realidad, ofrece en sus relatos una interpretación de ésta.

Ésta investigación comprende que adelantar un estudio sobre las representaciones creadas por un medio de comunicación a través de sus coberturas periodísticas sobre un acontecimiento de la historia, implica hacer un análisis complejo que combine disciplinas y permita construir nuevo conocimiento a partir de ese entrecruzamiento.

Al hablar de medios de comunicación y representaciones, consideramos estamos hablando de una de las formas de materialización de la ideología como la plantea la teoría marxista, y es fundamental contar con esta perspectiva para realizar la investigación, ya que nos brinda elementos de análisis sobre las condiciones concretas de creación de los discursos de representación, ubicada en un lugar histórico, con unas razones concretas de consolidación de pensamiento dominante en el caso colombiano.

Por esa razón se toman como referencia teórica los aportes sobre la noción de **ideología** realizados por Karl Marx y Friedrich Engels, y los estudios sobre su funcionamiento y materialidad desarrollados por Louis Althusser bajo ésta misma línea.

A lo largo de *La Ideología Alemana*, Marx y Engels desarrollan la noción de ideología desde la comprensión de que a partir de las condiciones materiales de producción y el desarrollo de las fuerzas productivas de una sociedad, hay representaciones determinadas de esta misma sociedad. Plantean allí que lo que los individuos son depende de las condiciones materiales de su producción. Para los autores, los hombres son los productores de sus representaciones, determinadas por el desarrollo de las fuerzas productivas. (Marx, 1959)

Por ello, cada forma social, tiene una forma de conciencia, una sola ideología que es la dominante: “Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes de cada época; o, dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder *material* dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder *espiritual* dominante. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan, al propio tiempo, por término medio, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente. Las ideas dominantes no son otra cosa que la expresión ideal de las

relaciones materiales dominantes, las mismas relaciones materiales dominantes concebidas como ideas; por tanto, las relaciones que hacen de una determinada clase la clase dominante son también las que confieren el papel dominante a sus ideas”. (Marx: 1959:50)

Althusser hace una lectura de esta preocupación de Marx, y plantea que “la ideología es un sistema de representaciones que (...) se imponen como estructuras a la inmensa mayoría de los hombres, sin pasar por su “conciencia”. Son objetos culturales percibidos-aceptados-soportados que actúan funcionalmente sobre los hombres mediante un proceso que se les escapa. Los hombres “viven” su ideología”, la cual es “indispensable a toda sociedad para formar a los hombres, transformarlos y ponerlos en estado de responder a las exigencias de sus condiciones de existencia”. (Althusser,1967:193,195)

En Althusser la principal función de la ideología dominante es la reproducción de las relaciones sociales de producción. Esa ideología adquiere una materialidad a través de las prácticas orientadas por los Aparatos Ideológicos del Estado, dentro de los que se encuentran los medios de comunicación hegemónicos.

El aporte fundamental que se toma de su teoría es la noción de **materialidad de la ideología**. Para el filósofo, la ideología es un sistema de representaciones con existencia material que toma forma en las relaciones sociales de producción, ese sistema de representaciones tiene una función práctico social, que son las prácticas de los sujetos, y esas prácticas se desprenden del funcionamiento de los Aparatos Ideológicos de Estado, dentro de los cuales se encuentran insertos los medios de comunicación y sus discursos (Althusser,1967). Estos Aparatos Ideológicos de Estado actúan de forma concatenada, contradictoria y sobredeterminada, y dependiendo del momento de la historia, se transforman. Sobre esto vale la pena mencionar que en el contexto neoliberal de inicios del Siglo XXI, donde se ubica el corpus de la investigación, la importancia que tenían los medios de comunicación empezaba su proceso *in crescendo* a partir de los avances científico técnicos de las comunicaciones y las nuevas formas de interacción y circulación de la información.

“Cuando nos referimos a los Aparatos Ideológicos de Estado y a sus prácticas, hemos dicho que todos ellos son la realización de una Ideología (ya que la unidad de esas

diferentes Ideologías particulares -religiosa, moral, jurídica, política, estética, etc- está asegurada por su subordinación a la ideología dominante). Retomamos esta tesis: en un aparato y su práctica, o sus prácticas, existe siempre una ideología. Tal existencia es material”. (Althusser,1967:190)

Capítulo II

Breve caracterización del conflicto político, social y armado en Colombia

Comprender las implicaciones y características del conflicto colombiano implica hacer una revisión histórica de la utilización de la violencia en Colombia como una herramienta fundacional del Estado colombiano, que se encuentra íntimamente vinculada a las formas de hacer política que de él se derivan y a cómo se comprende el “debate democrático”, se convive con la oposición, y se tramita el descontento y la organización social.

La primera característica fundamental es comprender que la clase dominante colombiana, ha utilizado desde la consolidación de la primera independencia diferentes formas antidemocráticas de relacionarse con las mayorías del país, utilizando, por ejemplo, los medios coercitivos del Estado, y el financiamiento del mismo a grupos armados ilegales defensores de las políticas estatales, para acallar los reclamos de las clases populares en Colombia y la denuncia de las condiciones de desigualdad y miseria principalmente de la población rural, en un país que vale la pena caracterizar, es de fuerte tradición agraria y campesina, que hasta los años 80's contaba con un 70% de población campesina.

Los dos elementos fundamentales que para muchos historiadores originan el conflicto político y social colombiano, que por las condiciones que mencionaremos más adelante hizo que decantara en un conflicto armado, son por un lado, la imposibilidad de las clases populares del campo de acceder a la tierra, y por otro, la constante negación del establecimiento de permitirles participación política abierta en la institucionalidad colombiana.

El problema de la tenencia de la tierra

Para el periodista Carlos Lozano Guillén, el proceso de acumulación capitalista en Colombia ha tenido diferentes etapas de continuación “Primero fueron los latifundistas, después la burguesía poseedora de los medios de producción, y en la actualidad el capital financiero, consentido del modelo neoliberal del capitalismo salvaje y los poderosos

grupos económicos que concentran cada vez más la riqueza, naturalmente usufructuarlos del poder dominante ligado a los intereses imperialistas”. En ese marco, para poder garantizar el modelo económico que buscaba instalarse en Colombia después del proceso independentista, la burguesía, pequeña en número, se encargó de consolidarse como una clase latifundista que obtuviera de cualquier manera la tierra que por herencia le correspondía al campesinado. Éste mecanismo de obtención fue, desde herramientas de la legalidad formal, como exigirle a campesinos y campesinas analfabetas que si no tenían las escrituras de las tierras no le pertenecían a ellos sino al Estado, del hacía parte esta clase dominante, a través del cual terminaban legitimando diferentes procesos de “compra” de esas tierras. No solamente a través de mecanismos de éste tipo fueron haciéndose poseedores de la tierra, sino por supuesto, y principalmente, a través de mecanismos de violencia perpetrada por las fuerzas armadas del Estado y los grupos paramilitares que desarrollaban vejámenes y violaciones contra los campesinos y campesinas, con el fin de forzadamente desplazarlos de sus tierras y ellos poder acceder a ella con fines de lucro privado.

Los elementos descritos comparten rasgos similares a los desarrollados por Karl Marx en el capítulo XXIV de El Capital “La llamada acumulación originaria”, donde plantea que “en la historia de la acumulación originaria hacen época todas las transformaciones que sirven de punto de apoyo a la naciente clase capitalista, y sobre todo los momentos en que grandes masas de hombres son despojadas repentina y violentamente de sus medios de subsistencia y lanzadas al mercado de trabajo como proletarios libres y desheredados. Sirve de base a todo este proceso la expropiación que priva de su tierra al productor rural, al campesino (...) Esta expropiación queda inscrita en los anales de la historia con trazos indelebles de sangre y fuego”. (Marx, 1946:607)

Por supuesto, las clases humildes en Colombia, principalmente del campo, no observaron de manera pasiva este proceso de despojo. Fueron numerosos los intentos de resistir en sus territorios y recuperar sus tierras productivas, para esto, hubo diferentes procesos de organización social y política del campesinado, que de forma colectiva le exigían al Estado cesar con el despojo, y por el contrario, brindar garantías no solo para la tenencia misma de sus hectáreas, sino para poder producir y vender la producción de alimentos del campo de una manera que les permitiera vivir dignamente.

Negación del Estado a la participación política de las clases populares

La participación política de las clases populares en Colombia está signada por la constante utilización de la violencia por parte de la burguesía para evitar su desarrollo y consolidación, con el objetivo de evitar la conformación de otro proyecto político y económico en el país. Numerosos intentos de participación en la vida política legal durante los siglos XIX y XX de candidatos extraídos de la entraña popular, se encontraron con la violencia del Estado y terminaron consolidándose como caudillos de procesos que representaban pero que constantemente se frustraron con los cientos de asesinatos en su contra.

El ejemplo más notable de éste proceso es el asesinato ordenado por la oligarquía liberal y conservadora colombiana del abogado y candidato a la presidencia Jorge Eliécer Gaitán, asesinado el 9 de Abril de 1948. Gaitán encarnaba las esperanzas de las clases despojadas, desplazadas de los campos a las ciudades, testigos de condiciones de vida miserables, de poder disputar el poder del Estado y transformar sus condiciones de vida. Como abogado fue defensor de los trabajadores que denunciaron al Estado por la Masacre de las Bananeras en 1928, donde, por solicitud de la compañía estadounidense United Fruit Company, el Ejército colombiano disparó contra cientos de trabajadores que se encontraban en una huelga en la que exigían mejores condiciones laborales.

La historia colombiana toma éste hecho, conocido como el ‘Bogotazo’ como el inicio de la llamada Época de la Violencia, ya que a partir del magnicidio se desencadenó una fuerte ola de acciones violentas en campos y ciudades motivadas por la frustración de ver imposibilitada una vez más la participación legal en el debate sobre el tipo de Estado que debía ser el colombiano.

En Colombia el Estado que se ha logrado consolidar a lo largo de su historia republicana es uno profundamente violento, que dirime las diferencias de proyecto de país a través de la represión, la persecución y el asesinato de los proyectos alternativos al pensamiento dominante. Este Estado siempre le mantuvo las puertas cerradas a la contienda política abierta y legal, por el temor que le generaba que estas visiones de país desplazaran el fortalecimiento de las clases poderosas y se convirtieran en luchas masivas que les

quitaran sus privilegios de clase. Por ende, “el conflicto armado en Colombia es parte del proceso político en los últimos cincuenta años, afectado por el nudo de las contradicciones del sistema, la ausencia de democracia y la voracidad de la oligarquía sin límites en la explotación del pueblo para obtener mayores ganancias”. (Lozano, 2006:43)

Durante la década de 1980 las FARC adelantaron un proceso de paz con el gobierno de Belisario Betancur, a partir del cual se originó el partido político Unión Patriótica, una fuerza política nacida de la entraña popular en campos y ciudades que buscaba incluir en su proyecto político diferentes expresiones que habían sido históricamente excluidas del proyecto bipartidista de país, entre ellas, a los y las militantes de las FARC que pretendían hacer su paso a la vida política legal a través de ésta plataforma. La UP obtuvo amplios escaños en el congreso además de alcaldías y gobernaciones en las elecciones presidenciales y parlamentarias de 1986.

Sin embargo, nuevamente el Estado colombiano, a través de sus estructuras armadas, tanto legales como ilegales, emprendieron una persecución política con el objetivo de exterminar el naciente partido político. Este proceso se desarrolló a través del plan “Baile Rojo”, un plan estructurado desde el Ejército Nacional y los grupos paramilitares, especialmente las Autodefensas Unidas de Colombia AUC, para asesinar no solamente a los y las militantes del partido, sino a los candidatos que ya habían sido electos en el parlamento y en las gobernaciones y alcaldías en distintos lugares del país, e inclusive candidatos presidenciales.

Desde las frustradas negociaciones de paz de La Uribe entre el Estado y las Farc entre 1984 y 1990, hubo un recrudecimiento del conflicto, especialmente, por el fortalecimiento de las viejas estructuras paramilitares que avanzaron en un proceso de disputa territorial con las Farc para proteger los intereses del Estado.

Aquí es importante mencionar que la transformación y consolidación del fenómeno paramilitar ha configurado a su vez distintas narrativas o lecturas sobre el conflicto político, social y armado, y el rol que estos grupos ilegales creados por el Estado han desempeñado en el mismo. Es común el discurso que plantea que el conflicto colombiano es en realidad una disputa territorial entre guerrilleros y paramilitares, a la cual es ajena el Estado. Según esta visión, el paramilitarismo es la respuesta de los ganaderos,

latifundistas y empresarios a los desafueros de los alzados en armas, quitando de esa manera las características políticas que como hemos intentado describir lo caracterizan.

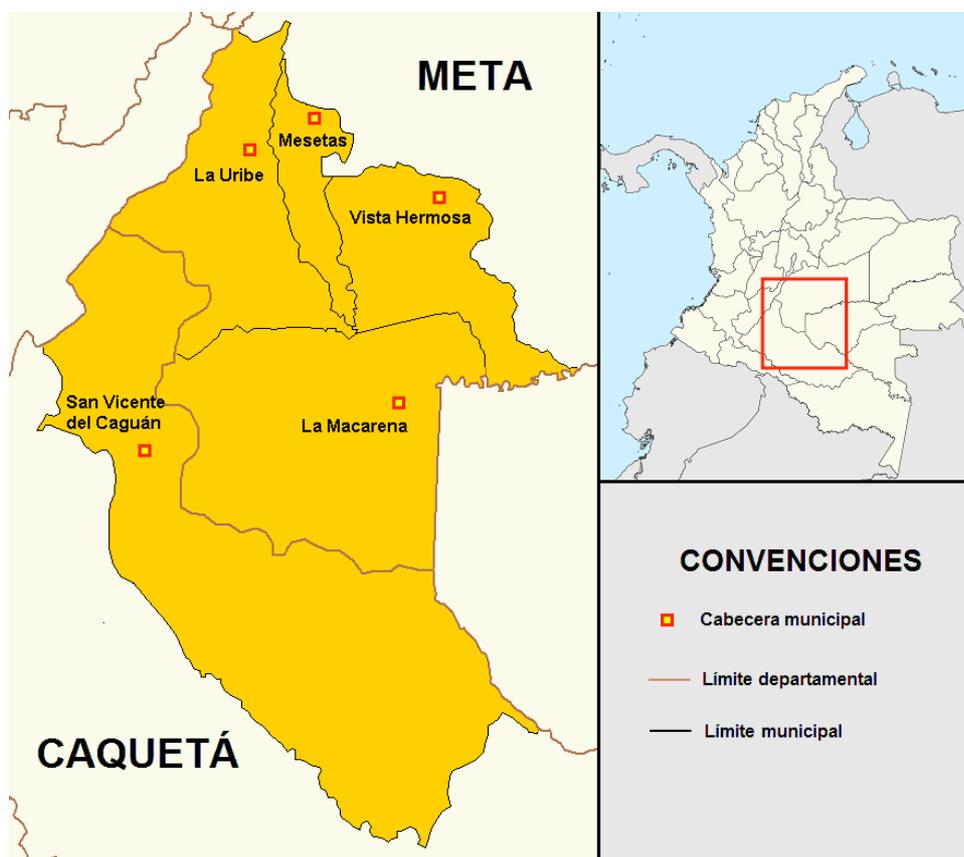
Otra narrativa común sobre el conflicto que convive y fortalece la mencionada anteriormente, es la que al conflicto como ligado exclusivamente al narcotráfico, como anota el investigador Alejo Vargas. De allí se desprende que la lucha contra dicho fenómeno —reducida a los cultivos de uso ilícito— y la lucha contra la guerrilla son la misma cosa, sobre todo por razones de la ayuda militar estadounidense. De acuerdo con ese planteamiento, el conflicto interno se resolverá si se logra derrotar el narcotráfico.

Vale la pena aclarar que en el caso de la insurgencia en Colombia, el Estado evitó a toda costa reconocer el carácter de beligerancia de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia – Ejército del Pueblo, no sólo para evitar que este grupo adquiriera reconocimiento internacional, sino también para evitar el reconocimiento de la existencia de un conflicto armado interno, del cual se derivaría igualmente, sin afectar el estatuto jurídico de las partes, la aplicación del Derecho Internacional Humanitario en ejecución de lo dispuesto en el artículo 3 común a los cuatro Convenios de Ginebra acerca de las reglas en los conflictos no internacionales, y desarrollado en el Protocolo II adicional a los Convenios de Ginebra de 1949 relativo a la protección de las víctimas de los conflictos armados sin carácter internacional de 1977. Posteriormente, durante el Gobierno de Álvaro Uribe se insistiría en que en lugar de un conflicto armado interno, en Colombia el Estado estaba amenazado por un grupo terrorista.

En el caso de las negociaciones adelantadas por parte del Gobierno Nacional en cabeza del Presidente Andrés Pastrana y el Comandante en Jefe del Estado Mayor Central de las FARC – EP Manuel Marulanda se adelantaron bajo una norma de carácter interno, a decir la Ley 418 de 1997 – Ley de Orden Público. De acuerdo con el texto vigente para ese momento, el Gobierno Nacional podría “adelantar diálogos, negociaciones y firmar acuerdos con los voceros o miembros representantes de las Organizaciones Armadas al Margen de la ley a las cuales el Gobierno Nacional les reconozca carácter político” (Art. 8), disposición que sería modificada en el sentido de eliminar el reconocimiento de dicho carácter político como requisito para el diálogo mediante la Ley 782 de 2002.

Por esta razón, durante los Diálogos de Paz de San Vicente del Caguán a las FARC – EP se les reconoció su carácter político, que fue revocado por el Gobierno Nacional una vez levantadas las negociaciones. En todo caso, el carácter político es distinto al estatus de beligerancia, ya que no le otorga al grupo insurgente el reconocimiento como sujeto de derecho internacional. Su origen en una norma del derecho interno determinaba también el sometimiento de las acciones armadas al derecho interno, de lo que se deriva también la terminología adoptada por las partes.

DIÁLOGOS DE PAZ DE SAN VICENTE DEL CAGUÁN



El proceso de paz iniciado en 1998 entre el Estado colombiano y las FARC-EP son muestra de estos elementos: Mientras en territorio colombiano el gobierno de Andrés Pastrana buscaba una cercanía con el Secretariado de la insurgencia para adelantar unas posibles negociaciones que permitieran firmar la paz entre las partes, viajaba a territorio norteamericano a negociar con el presidente Bill Clinton la posibilidad de crear un Plan de cooperación, financiamiento y asesoría militar de los Estados Unidos a Colombia, con

el objetivo de llevar adelante lo que llamaron “guerra contra el narcotráfico”, y que posterior al 2001 se re bautizaría como “guerra contra el terrorismo”. El Plan Colombia finalmente se consolidó durante 1999, en pleno desarrollo de las conversaciones de paz con las Farc, por un monto de US\$ 1300 millones, que al 2016 suman más de US\$10 mil millones invertidos por los Estados Unidos en la guerra colombiana, financiamiento militar superado únicamente por el Ejército de Israel.

El papel de los Estados Unidos fue tan crucial en el desarrollo de las negociaciones que su voz fue consultada durante los cuatro años de diálogos, y marcó un camino de la ruta que debía seguir el Estado en sus conversaciones con la insurgencia. Fueron unos diálogos orientados a garantizar los intereses de los Estados Unidos en grado tal, que, con la excusa del atentado del 11 de Septiembre de 2001 y la nueva misión norteamericana de “lucha contra el terrorismo” el gobierno George W. Bush consideró innecesario el progreso de las conversaciones, que finalmente se dieron por clausuradas.

Entre enero del 1999 y febrero del 2002 se adelantaron las conversaciones de paz entre el Estado colombiano y las FARC-EP. Esta mesa de negociaciones funcionaba con las siguientes reglas de juego:

1. Se desarrollaban en territorio colombiano, a diferencia de las últimas negociaciones que se habían desarrollado en el exterior entre Caracas, Venezuela y Tlaxcala, México. Para ello, el Estado colombiano se comprometió a desmilitarizar un territorio equivalente a 42.000 km² en la zona conocida como El Caguán, que comprendía los municipios de La Uribe, Mesetas, La Macarena y Vistahermosa en el departamento del Meta, y San Vicente del Caguán en el departamento del Caquetá. Ésta zona, conocida como “Zona de distensión” o “Zona de despeje” funcionaría como la sede de los diálogos durante todo el proceso de conversaciones. Su creación e implementación en Enero de 1999 generó gran molestia entre las Fuerzas Armadas y como veremos, funcionó como uno de los elementos más conflictivos en el desarrollo de las conversaciones.
2. Se reconocían como partes de las negociaciones, por ende, partes del conflicto, al Estado colombiano, representado por el Alto Comisionado para la Paz, y a las FARC-EP, representado por la delegación de paz en cabeza del comandante Raúl Reyes.

Con este reconocimiento por un lado, se reconocía que las FARC-EP eran un actor político en la vida social del país, sin embargo, formalmente el Estado nunca los reconoció como una organización de carácter beligerante, por lo que implicaba en términos internacionales. Por el otro, dejaba afuera de las conversaciones a otras fuerzas guerrilleras, como el ELN con quien en paralelo también hubo acercamiento de negociaciones, y por supuesto, a organizaciones armadas ilegales como la organización paramilitar Autodefensas Unidas de Colombia, en cabeza de Carlos Castaño.

Sin embargo, durante los años de negociaciones, el Estado manifestó en repetidas ocasiones que existía la posibilidad de integrar a la mesa de negociaciones la fuerza paramilitar, hecho que constantemente generó tensión en el desarrollo de las conversaciones a partir del tajante rechazo de las FARC-EP de que ésta fuerza paraestatal fuera reconocida como un actor político, y comparada con las organizaciones guerrilleras.

3. Las negociaciones de paz se desarrollaron en medio de la confrontación armada, tanto del Estado contra la fuerza guerrillera, como viceversa. Eso implica que así como las Fuerzas Armadas, especialmente el Ejército, adelantaba acciones en contra de la guerrilla en todo el territorio nacional tanto en combate, como capturando a los guerrilleros y guerrilleras, de la misma forma las FARC-EP adelantaban acciones de guerra características de una fuerza armada irregular con el fin de sostenerse en la confrontación, como las retenciones de soldados capturados en combate. Este punto fue álgido en el desarrollo de las negociaciones, ya que era constante la exigencia de sectores de la llamada sociedad civil de cesar las acciones armadas mientras duraran las negociaciones.

4. Producto de la misma dinámica de la guerra, la guerrilla durante la mesa de negociaciones tenía aproximadamente 300 militares prisioneros de guerra. A su vez, el Estado colombiano tenía centenares de guerrilleros en las cárceles del país. Este elemento fue de amplia discusión durante los cuatro años, ya que las FARC-EP proponían al Estado hacer un proceso de Canje de prisioneros de guerra por guerrilleros y guerrilleras presas. El debate del Canje general se convirtió con el paso del tiempo es un debate sobre las condiciones humanitarias, abriendo la puerta a que

el Estado accediera al Canje por lo menos de soldados por guerrilleros que estuvieran en grave o delicado estado de salud.

5. El funcionamiento específico de la mesa se basó en la *Agenda común por el cambio hacia una Nueva Colombia* que constaba de 12 puntos con un gran número de subpuntos, que incluían: a) Solución política negociada, b) Protección de los Derechos Humanos, c) Política agraria integral, d) Explotación y conservación de los recursos naturales, e) Estructura económica y social, f) Reformas a la justicia, lucha contra la corrupción y el narcotráfico, g) Reforma política para la ampliación de la democracia, h) Reforma del Estado, i) Acuerdos sobre Derecho Internacional Humanitario, j) Fuerzas Militares, k) Relaciones Internacionales, l) Formalización de los acuerdos.

Estos doce puntos iban a ser discutidos en sesiones de cuatro días, cada dos semanas. Los negociadores delegados del gobierno nacional y de la insurgencia elegían el tema a discutir, y a partir de ello tenían que darle instrucciones a los miembros del comité temático. Cada tema iba a tener un comité quien convocaría para la discusión a audiencias con los sectores relevantes para cada tema. Esos convocados viajarían a Los Pozos, un municipio dentro de la Zona de Distensión, se reunirían con el Comité Temático y éste elevaría ese informe a los negociadores.

Las conversaciones, a pesar de tener detallado un mecanismo de funcionamiento, nunca pudieron conseguir un tránsito óptimo, y se llegaron a discutir superficialmente solo algunos de los puntos de la Agenda Común. Hubo constantes transformaciones en el aspecto logístico, y técnico de la ruta que debía cumplirse para conversar de los temas de la Agenda, y muy poco de la discusión temática de fondo. Vale la pena mencionar que estas constantes transformaciones y frenos al desarrollo de las negociaciones se enmarcaban en constantes exigencias, principalmente de las FARC al Estado, de desmontar las estructuras paramilitares y garantizar la transparencia de los acuerdos, que se oscurecía preocupantemente con el Plan Colombia, lo que nos remite nuevamente a ésta hipótesis de que el Estado colombiano aunque enuncie tener ‘voluntad de paz’, no tiene ‘voluntad de cambio’, haciendo la primera inviable.

Capítulo III

Revista Semana como actor político

1. Periodismo en Colombia

El ecosistema mediático colombiano está atravesado por las particularidades mismas de un contexto de conflicto. “Colombia es uno de los países más peligrosos del mundo para ejercer el periodismo.” afirma el investigador colombiano Jairo Ordóñez en una reciente investigación sobre el rol del periodismo en el conflicto: “Más de 120 periodistas colombianos fueron asesinados en los 90 por reportar sobre los paramilitares, el narcotráfico y la corrupción”.

Este ambiente de hostilidad de los actores armados hacia la prensa, dificulta pensar en un periodismo independiente (Ordóñez, 2011), hecho que se complejiza aún más teniendo en cuenta el nivel de concentración mediática que existe en el espectro mediático. Tres de los conglomerados empresariales más poderosos del país, la Organización Ardila Lulle, la Organización Luis Carlos Sarmiento Angulo, y el Grupo Empresarial Santodomingo son propietarios de diversidad de empresas en distintos rubros productivos, dentro de los que se encuentran actividades de extracción mineral y de petróleo, grupos económicos y bancarios, empresas de construcción, manufactura, agroindustria, concentran un alto porcentaje de los medios de comunicación televisivos, radiales y gráficos⁵: Son propietarios de los medios más consumidos del país. Con grandes posibilidades económicas, han decidido financiar campañas presidenciales de candidatos que son parte clase política oligárquica y militar en distintas regiones del país, e inclusive financiar la reciente campaña por el NO, en contra de la firma de la paz en el plebiscito convocado en octubre de 2016.

Según Valencia Nieto, “El cubrimiento periodístico del conflicto armado en Colombia está signado por la estrecha y anómala relación entre los propietarios de los grandes medios de comunicación y los agentes del poder político, económico y militar en el país. Esta relación determina, en gran manera, las rutinas periodísticas en el desarrollo de la

⁵ ¿De quién son los medios de comunicación en Colombia?, disponible en <https://www.las2orillas.co/de-quien-son-los-medios-de-comunicacion-en-colombia/>

noticia, así como el uso del lenguaje, el manejo de fuentes, y las formas como se presenta la información sobre las acciones armadas que se producen a diario por el enfrentamiento entre los diferentes ejércitos, regulares e irregulares.” (Valencia Nieto, 2014:36)

En ese marco, el desarrollo del periodismo en Colombia, logra fortalecer no solamente la concentración mediática sino crea la unicidad del discurso alrededor de la realidad nacional, que, aunque atravesado por numerosos intereses políticos y económicos, se ubica desde el paradigma de la objetividad periodística para realizar afirmaciones y narraciones respecto el conflicto mismo.

Vale la pena mencionar que esta misma estructura de propiedad de medios y de discursos sobre el país ubica en un lugar muy conflictivo a quienes buscan construir un relato contradictor desde experiencias populares y comunitarias de comunicación, quienes finalmente son, en términos numéricos, el mayor porcentaje de víctimas de amenazas y asesinatos producto de sus investigaciones periodísticas independientes, especialmente en territorios rurales, donde son señalados por los dueños de latifundios o multinacionales por denunciar sus prácticas ilegales.

“Con algunas pocas excepciones no son hechos nacionales los que definen el comienzo de la violencia contra periodistas. Son sobre todo acontecimientos locales en los que las y los periodistas están muy cercanos a los problemas políticos y sociales de la región y lo local. Esta proximidad agudiza el conflicto y pone en contacto a periodistas con victimarios en un clima progresivo de indefensión y amenaza. La tarea periodística, que se manifiesta en investigaciones y denuncias, es más fuerte cuanto más cercana está al núcleo de los acontecimientos, como si el radio de acción de las noticias o de las opiniones emitidas creara *per se* una atmósfera de peligro”. Según el informe del Centro Nacional de Memoria Histórica de Colombia sobre violencia hacia periodistas, y el informe de la Fundación para la Libertad de Prensa FLIP entre 1977 y 2015 fueron asesinados 159 periodistas ejerciendo su oficio. De esos, 112 periodistas trabajaban en medios pequeños⁶.

⁶ Estos son los periodistas asesinados en Colombia por causas asociadas a su oficio, disponible en <https://www.flip.org.co/index.php/es/impunidad-casos/item/2187-estos-son-los-periodistas-asesinados-en-colombia-por-causas-asociadas-a-su-oficio> y La imposición del silencio. Los asesinatos de periodistas de Colombia 1977-2015 <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/micrositios/periodistas/pdf/cap1-la-palabra-y-el-silencio-violencia-contra-periodistas.pdf>

2. Revista Semana



Logo de Revista Semana

Revista Semana es una revista colombiana especializada en actualidad y política fundada en 1946. Es la principal publicación del Grupo Semana que contiene Fundación Semana, Publicaciones Semana, Sostenibilidad Semana y Foros Semana. Reconocida como una de las principales revistas de análisis político en el país, tiene cerca de 2.597.000 lectores a 2017. La revista mantiene la tercera posición de lecturabilidad en revistas independientes con 1,2 millones de lectores según el Estudio General de Medios igualando según cifras de 2017 a *El Tiempo* Dominical y superando tres veces a *El Espectador* dominical⁷, los dos diarios más antiguos y consumidos del país.

2.1 Etapa fundacional

Revista Semana fue fundada en 1946 por Alberto Lleras Camargo al terminar su mandato presidencial. Lleras Camargo fue un importante periodista y líder político, ministro de Gobierno, Educación y Relaciones Exteriores, además de ser el primer secretario general de la OEA, fue presidente de Colombia por el Partido Liberal en los períodos 1945 - 1946 y 1958 - 1962. Según la propia publicación⁸, Lleras deseaba consolidar un semanario que no siguiera la orientación de ningún credo ni partido político, y que llenara un vacío en un mundo en el que, según él, el exceso de información disponible hacía necesaria una revista que profundizara, analizara y le hiciera seguimiento a los hechos⁹.

Así creó *Revista Semana*, con la referencia de crear un medio al estilo de la *Revista Time*, según él independiente políticamente, pero evidentemente orientada hacia las ideas del

⁷ “El grupo Gilinski compro el 50% de la Revista Semana”, disponible en <https://www.larepublica.co/empresas/el-grupo-gilinski-compro-50-de-la-revista-semana-2822114>

⁸ “El fundador” disponible en <https://www.semana.com/nacion/articulo/el-fundador/79639-3>

⁹ “El fundador” disponible en <https://www.semana.com/nacion/articulo/el-fundador/79639-3>

Partido de su pertenencia. Durante el desarrollo de los primeros años de la revista, fue delegado por Alfonso López Pumarejo, ex presidente miembro del Partido Liberal, para negociar con el líder del Partido Conservador lo que posteriormente se conocería como Frente Nacional, traicionando a las bases del Partido Liberal que se habían radicalizado en expresiones armadas rurales a partir de los sistemáticos asesinatos perpetrados por el Partido Conservador especialmente después del magnicidio de Jorge Eliécer Gaitán. Siendo el primer presidente de este acuerdo bipartidista, militares asesinaron al líder guerrillero comunista Prías Alape en la región de Marquetalia, donde, a partir de la desconfianza hacia el gobierno de Lleras Camargo, llegaron Manuel Marulanda y sus combatientes.

Además de su carrera política, Lleras Camargo se destacó como periodista y escritor, llegando a trabajar inclusive en un período de su vida en el diario La Nación de Argentina, décadas antes de fundar *Revista Semana*. Vladdo, famoso caricaturista y columnista de la revista señala en su libro “Una semana de quince años” que por las páginas de *Semana* en su primer período pasaron “las mejores plumas de la prensa nacional, encabezadas por Alberto Zalamea, pasaron caricaturistas como Jorge Franklin y Héctor Osuna, pintores como Omar Rayo, y directores como Fernando Guillén.

La revista salió de circulación en 1961, y fue hasta 1981 que Felipe López Caballero, nieto de Alfonso López Pumarejo, decidió refundar la revista a partir de la cesión de Alberto Lleras de los derechos sobre el nombre de *Revista Semana*, y de la compra de los inmuebles y contratación de algunos de los periodistas de la revista de izquierda *Alternativa* propiedad de Enrique Santos Calderón, que había dejado de circular meses antes. “Una revista para leer y no para hojear”, fue el lema con el que nació la *Revista Semana* en su segunda etapa.¹⁰

2.2 Etapa refundacional

El primer número de la *Revista Semana* bajo la administración de Felipe López salió con la fecha del 12 de mayo de 1982, contaba con 100 páginas impresas en papel periódico a dos tintas: negro para los textos y rojo para la cabecera de las secciones, líneas y

¹⁰ “El fundador” disponible en <https://www.semana.com/nacion/articulo/el-fundador/79639-3>

recuadros. Su portada fue sobre un análisis del fenómeno del terrorismo en el contexto de auge de los carteles de narcotráfico en Colombia y sus acciones sicariales en todo el país a través de la estructura del grupo paramilitar ‘Muerte a Secuestradores MAS’, creado por Pablo Escobar.

En momentos financieros complicados para la publicación, los grandes grupos empresariales del país se ofrecieron a comprar algunas de sus acciones, incluido el grupo de Julio Mario Santodomingo. Según Felipe López se abstuvo de aceptar por temor a que por el financiamiento, tuviera que ceder independencia sobre su línea editorial, comportamiento que variaba según sus intereses, ya que muchos de los principales accionistas pertenecían a un pequeño grupo de empresarios emergentes o ‘nuevos ricos’ de distintos lugares del país.

Después del primer año de la refundación, Felipe López decide retirarse de la dirección de la revista, sin dejar de ser su socio mayoritario. Entonces la dirección de la revista pasó a manos del periodista Mauricio Vargas hasta 1997, posteriormente asumió Isaac Lee hasta el 2000, y desde entonces hasta la actualidad la dirige Alejandro Santos Rubino.

Alejandro Santos, hijo de Enrique Santos Calderón y sobrino del ex presidente Juan Manuel Santos Calderón, ha manifestado en numerosas revistas que la *Revista Semana* tiene como prioridad la independencia y el valor del periodismo crítico e investigativo. Sin embargo, fue desde el primer gobierno de Álvaro Uribe Vélez que la revista adelantó una serie de investigaciones que destaparon grandes escándalos de la política nacional como fueron sus informes sobre los vínculos entre políticos y paramilitares conocidos como ‘parapolítica’¹¹, la denuncia sobre las interceptaciones ilegales que realizaba el Departamento de Inteligencia del Estado DAS a Magistrados, periodistas y líderes de la oposición en el uribismo conocidas como las ChuzasDAS¹², la publicación de documentos que evidenciaban beneficios en la cárcel del Ejército para militares condenados por lesa humanidad¹³, entre otras denuncias, posicionándose en un lugar fuertemente crítico del

¹¹ “Para entender la parapolítica”, disponible en <https://www.semana.com/nacion/articulo/para-entender-para-politica/83434-3>

¹² “ChuzasDAS, así fue la historia”, disponible en <https://www.semana.com/nacion/articulo/chuzadas-asi-fue-la-historia/376548-3>

¹³ “Tolemaida Resort”, disponible en <https://www.semana.com/nacion/articulo/tolemaida-resort/237791-3>

gobierno, como fue su postura abierta en contra la posible segunda reelección de Uribe Vélez en 2010.

2.3 Actualidad

En Enero de 2019 se oficializó la compra del Grupo Gilinski del 50% de las acciones de la revista. Este grupo, conformado por Jaime y Carlos Gilinski es propietario de uno de los grupos financieros más grandes de Suramérica, Banco GNB Sudameris, y varios negocios de construcción como la reconstrucción de una antigua base aérea de los EEUU junto al Canal de Panamá. Hasta ahora, eran los únicos millonarios de Colombia incluidos en la lista Forbes, con una fortuna que asciende hasta los US\$3.500 millones, que no tenían inversiones en medios de comunicación. Según el comunicado de la revista, la inversión del Grupo Gilinski se consolidó para fortalecer la transición de las publicaciones de Semana a las plataformas digitales, por lo que la responsabilidad periodística continuaría siendo exclusivamente de Felipe López y Alejandro Santos.

Vale la pena mencionar que en los meses de redacción de este trabajo, *Revista Semana* protagonizó un escándalo en el país sobre la libertad de prensa, a partir de la denuncia de uno de sus columnistas más destacados, Daniel Coronell, sobre la omisión que realizó la revista de publicar una información que tenía sobre nuevas directrices en el Ejército Nacional que incentivaban las ejecuciones extrajudiciales para lograr resultados militares. Dicha información se la hicieron llegar fuentes de primera mano tanto a *Revista Semana* como al New York Times, y el país finalmente terminó conociéndola a través del periódico estadounidense, y no del propio medio local. Coronell utilizó su espacio de columna dominical en la misma Revista para cuestionar la no publicación de esta información, y días después fue notificado por una llamada de Felipe López de la cancelación de su columna por parte del medio. Finalmente, semanas después, *Semana* volvió a reintegrar la columna del periodista a sus ediciones.

Capítulo IV

Entre la paz y la guerra: Narrativas de representación en la cobertura de *Revista Semana* de los Diálogos de Paz de San Vicente del Caguán (1998 - 2002)

Como se mencionó en el capítulo introductorio de ésta investigación, el interés de desarrollar las variables explicadas en los capítulos anteriores es ponerlas en juego para comprender de qué manera se presentan las tensiones entre las narrativas de representación y sus categorías. La pregunta que interesa responder es, de qué manera *Revista Semana* construye, a través de la cobertura que realiza de los Diálogos de Paz del Caguán, la representación general del conflicto político, social y armado en Colombia para sus lectores, a partir de narrativas que, para ésta investigación, llenan los significantes de paz y guerra a través de la elaboración de un discurso contradictorio permanente.

Para ello se toman como categorías los elementos que fueron focos permanentes de conflicto durante los Diálogos de Paz, y que modificaron en tiempo y forma el desarrollo de las negociaciones, que en la investigación se agrupan en dos grandes narrativas de representación que se presentan de forma paralela durante los años de negociaciones:

La narrativa de los temas circundantes a la **'paz'**, dentro de la cual se ubican como categorías los temas más conflictivos en el desarrollo de las negociaciones, a) La noción de paz y avance de las conversaciones en sí mismas, b) Zona de Distensión, c) Cese Bilateral de Fuegos y Hostilidades, d) Canje de guerrilleros capturados por Prisioneros de guerra/ secuestrados, y, e) Paramilitarismo Por otro lado, la narrativa de los temas circundantes a la **'guerra'**, dentro de la cual se ubica el Narcotráfico y el Plan Colombia como manifestación del papel de los Estados Unidos en el contexto de las negociaciones.

Por razones metodológicas de organización de la información se van a desarrollar primero las categorías de las narrativas circundantes a la paz, y posteriormente las categorías de las narrativas circundantes a la guerra, con aclaración de que ambas narrativas se presentaron se forma paralela y complementaria.

Narrativas de representación circundantes a la paz

a) La noción de paz y avance de las conversaciones en sí mismas

A lo largo de los cuatro años de negociaciones, la *Revista Semana* construyó en sus distintos números, en mayor o menor medida, la representación o definición de la paz en Colombia como una utopía inalcanzable, como lo resume en su número 919 donde titula “La paz, ¿Una realidad utópica?”. Para la revista, tanto la noción de paz, como el desarrollo de los acuerdos de paz que se adelantaron en San Vicente del Caguán constituían realidades lejanas e inalcanzables, que lejos de dar solución a los problemas de los y las colombianos, producto del conflicto que buscaba solucionarse, realmente se presentaba como un obstáculo en la vida política del país, que no avanzaba y que, aunque mediáticamente haya sido muy importante, el establecimiento y las instituciones de desgastaban entre los reales problemas que tenía el país (*Revista Semana* ed. 919, 1999, 945, 2000).

Es importante mencionar que la postura construida por *Revista Semana* sobre lo que implicaba transitar las negociaciones de paz se ubicaba desde la caracterización del Estado colombiano de no reconocimiento al estatus de beligerancia de las FARC como un grupo insurgente ante el orden institucional, lo que significaba concretamente que tampoco se reconocía en términos formales la existencia de un conflicto entre un Estado y un grupo levantado en contra del Estado por las razones mencionadas en el capítulo de *Breve Contexto del Conflicto político, social y armado en Colombia*, y se dejaba la caracterización de este grupo, como lo veremos en numerosos ejemplos, como un grupo delincencial más vinculado a prácticas ilegales como el narcotráfico que a motivaciones y prácticas de construcción política, haciendo pasar como información, opiniones o lecturas particulares de la revista, aprovechando el valor de la información en tanto herramienta básica de conocimiento de la realidad y el entorno como señala Martini.

Para la revista “en vez de avanzar hacia la paz, está creando una forma de coexistencia permanente de la guerra y la negociación, donde no se ve que se resuelvan los problemas que generan la violencia. Y hace falta un discurso que sostenga la primacía de la democracia, por imperfecta que sea, sobre la fuerza de las armas” (*Revista Semana* ed. 919, 1999)

Constantemente con una serie de argumentos reforzaban la representación de la paz como utopía, y con ejemplos demostraban que esta hipótesis era cada vez más cierta. En varios de sus números desarrollaban que la paz era imposible por el tipo de guerra que tenía Colombia, plagada de componentes marxistas en grupos delincuenciales que disfrazaban sus fechorías con supuestos ideales políticos, enfrentados con grupos de seguridad privados como las AUC a quienes se le atribuían constantemente bondades a diferencia de las representaciones sobre los grupos guerrilleros (*Revista Semana* ed. 955, 1999). Para la revista la paz también era un imposible por el tipo de gobierno que tenía Colombia en ese momento, en cabeza de Andrés Pastrana, ya que era un gobierno con mano muy blanda con los actores delincuenciales de país, que constantemente presentaba concesiones ante ellos generando fuertes tensiones institucionales hacia el interior del Estado colombiano (*Revista Semana* ed. 886, 891, 1999, ed. 969, 2000, ed. 1028, 2002), durante los cuatro años insiste en la imagen de desgobierno y de crítica a la actitud del presidente en la mesa de conversaciones, de mantenerla a pesar de las dificultades que iban ocurriendo.

Dos de los principales argumentos reiterados durante la cobertura de *Revista Semana* se orientaban a que la imposibilidad de la paz en Colombia se originaba en la naturaleza del enemigo a derrotar: La guerrilla de las FARC - EP era una guerrilla en la cual no se podía confiar, por el sencillo hecho de que sus representantes eran personas deshonestas, en quienes no se podía confiar, tomando el ejemplo de la ausencia de Manuel Marulanda en la instalación de las negociaciones, episodio conocido como “La Silla Vacía”, como el ejemplo máximo para fortalecer ese argumento (*Revista Semana* ed. 872, 1999). Insistentemente al desarrollar alguna información sobre un avance en la mesa de negociaciones, *Revista Semana* se refería al grupo insurgente con calificativos peyorativos señalando su falsa lucha revolucionaria (*Revista Semana* ed. 945, 2000), las reales intenciones detrás del acuerdo de paz que estaban orientadas a fortalecerse militarmente y jugar con el país (*Revista Semana* ed. 979, 1013, 2001), que buscaban imponer su agenda al gobierno (*Revista Semana* ed. 979, 2001), y que nunca habían tenido apoyo popular, por ende no iban a tener apoyo en el marco de las negociaciones (*Revista Semana* ed. 940, 2000). Específicamente en la edición 1013 del 2001, la revista incluyó un reportaje titulado “El Gran Escape”, que desarrollaba el estereotipo de los guerrilleros y guerrilleras, con sus referentes ideológicos y prácticas sociales, construyendo el imaginario del adversario del Estado como un adversario en quien es

imposible confiar y por ende, con quien va a ser imposible llegar a una negociación. Como se mencionó en el capítulo II, la caracterización del conflicto en general y del enemigo político en particular –las FARC– hecha por la clase dominante colombiana ha sido del mismo corte que el enunciado por la revista, cuyo discurso coincide con la descripción del contrincante y la necesidad de que continúe la guerra para lograr terminar el conflicto, operando sutilmente como un legitimador de la ideología dominante como desarrolla Althusser funcionan los Aparatos Ideológicos del Estado dentro de los cuales está incluida la prensa.

Inclusive, desarrolla en un especial la imposibilidad de la paz a partir de la experiencia: Ya se han intentado y han fracasado diferentes negociaciones, y ninguno de los elementos que las hicieron fracasar son distintas en esta oportunidad. En el documento escrito por Laura Restrepo y otros periodistas titulado “Aprendiendo de la historia” se hace referencia a los riesgos de los anteriores acuerdos de paz y plantea todo lo que debería evitarse o transformarse para no dirigir de nuevo las negociaciones al fracaso: 1) Los peligros del autismo, en referencia a la dificultad de interpretar las señales de la otra parte, 2) Las puntas del Iceberg, sobre darle importancia tanto a grandes como a pequeños acontecimientos, 3) Matrimonio y adulterio, donde se sugiere evitar gestos excesivos que exacerbe a la otra parte, 4) Los riesgos de jugar doble, sobre la frecuente manipulación entre las partes, 5) El calibre de los símbolos, sobre el significado mismo del concepto paz, entre otros elementos que hacen a la experiencia del país en materia de intentos de acuerdos de paz.

Finalmente, respecto la representación general del concepto de paz y del desarrollo general de las negociaciones, la *Revista Semana* construye el imaginario de que la construcción de la paz en Colombia es un escenario utópico, por lo que la guerra y la confrontación armada en sus distintos niveles se presenta como el único escenario posible a los conflictos sociales y a los efectos de la guerra misma, como es evidente en las acciones de la Federación de Ganaderos FEDEGAN y la Asociación Automotriz ASOPARTES que planteaban no solamente la creación de milicias privadas que les protejan de los males de la guerrilla, sino también legitiman la existencia de los grupos paramilitares que son en realidad quienes llevan la seguridad a la sociedad colombiana (*Revista Semana* ed. 969, 2000).

En ese sentido se menciona también la incredulidad del Estado en el mismo proceso de paz, quien mientras negocia en el Caguán, firma tratados de asistencia militar en la lucha contra el narcotráfico y el terrorismo con los Estados Unidos, planteando con ello que la solución a la guerra, es mayor militarización y cualificación de los aparatos de guerra del Estado colombiano, a través de representaciones desde la narrativa que buscan, como menciona Martini, este mecanismo discursivo para tener un mayor acercamiento al lector.

Finalmente, previamente al anuncio de la ruptura de las conversaciones en Febrero de 2002, *Revista Semana* publica un especial en tapa titulado “¿Cómo sería una guerra total?” donde se dedica especial espacio dentro de la revista a reconstruir los últimos hechos en el marco de las conversaciones de paz y la casi inminente ruptura de los diálogos a partir de declaraciones públicas de las partes en negociación. Este número incluyó un cuadro donde se comparaba qué ganaba y qué perdía cada parte con la ruptura de los diálogos, dentro del que se incluía entre otros elementos que a) El gobierno perdería su proyecto central, pero ganaría popularidad y mejoraría su relación tan tensa con las Fuerzas Armadas. b) Las Farc perderían su única oportunidad de negociar la paz siendo fuertes, y ganarían en fortalecimiento para su “narcotización”, c) Los militares perderían la presión de resultados por parte de la opinión pública, y ganarían ya que subiría su nivel de importancia en la sociedad y su colaboración con los Estados Unidos en la “lucha común contra el terrorismo”, d) Los paramilitares perderían fuerza ya que la lucha antisubversiva sería más fuerte, y ganarían en la relegitimación de su antisubversión y demostrarían que “las Farc no han querido la paz nunca”, entre otras variables. (*Revista Semana* ed. 1028, 2002)

b) Zona de Distensión

El acercamiento entre las partes inició a partir de la posibilidad real que le comentó el gobierno a la insurgencia de las FARC-EP de la creación de una zona de distensión de aproximadamente 42.000 km² para el desarrollo de las conversaciones. Este elemento se presentó como una de las condiciones fundamentales que presentaba Manuel Marulanda para poder iniciar y avanzar con las negociaciones, y se convirtió en los cuatro años en uno de los elementos más álgidos de las negociaciones por el constante interés de la insurgencia de prorrogar el tiempo de vigencia de ésta zona, y la exigencia de los sectores

militares más opuestos a la continuación de ésta que el gobierno cediera ante las peticiones de las FARC.

Revista Semana en su cobertura, desde la instalación de la Zona de Distensión o Zona de Despeje, como la denominaba constantemente, se refirió a lo nocivo que era la creación de una región en el país que amenazaba con convertirse en un lugar de absoluto control de las FARC (*Revista Semana* Noviembre 02, 1998). Durante numerosos reportajes y especiales, la revista prestaba especial atención a lo que sucedía en el interior de la Zona de Distensión y hacía una serie de especiales periodísticos sobre cómo era la vida en San Vicente Caguán, departamento del Caquetá, y los otros cuatro municipios que incluía dicha Zona: La Uribe, Mesetas, La Macarena y Vistahermosa en el departamento del Meta. (*Revista Semana* ed. 910, 1999)

En esa descripción la revista a través de notas acompañadas con fotografías de la región construía la representación de un espacio caracterizado por el despojo y el abandono del Estado (*Revista Semana* ed. 885, 891, 1999), y constantemente enunciaban que la administración de las Farc de la Zona era la principal razón para esta crisis social, dadas las características que mencionamos en el punto anterior del grupo guerrillero como una colectividad de la cual no se puede esperar ninguna buena acción. A partir de la descripción física de la Zona se remitía a las figuras ideológicas de las Farc para caracterizar su ideología de forma peyorativa (*Revista Semana* ed. 873, 1999)

Constantemente mencionaban que los cinco municipios de la Zona de distensión eran una zona liberada de las Farc para cometer una gran serie de delitos sin ninguna regulación (*Revista Semana* ed. 910, 1999), y en muchos casos que se había convertido en un campo de concentración de secuestrados (*Revista Semana* ed. 949, 2000) . Allí, según *Revista Semana*, la insurgencia se dedicaba al reclutamiento forzado de menores para sus filas y a la concentración de grandes cantidades de armamento que caían de aviones que sobrevolaban la zona (*Revista Semana* ed. 873, 897, 905, 1999) , y que intercambiaban por grandes cantidades de drogas, fortaleciendo nuevamente la construcción del imaginario de la contraparte de la negociación como un actor delincencial vinculado al narcotráfico, o en pocas palabras, unos bandidos (*Revista Semana* ed. 1004, 2001) .

Por otro lado, *Revista Semana* construía el imaginario del Gobierno de Andrés Pastrana como un “desgobierno”, donde las decisiones presidenciales demostraban la debilidad del presidente a partir de las constantes concesiones que hacía el ejecutivo hacia el grupo insurgente. A las exigencias de las FARC de ampliar el tiempo de vigencia de la Zona de Distensión, el gobierno a pesar de oponerse en primera medida, siempre terminaba firmando dicha ampliación de tiempo, sin embargo, a las peticiones de Marulanda de ampliar la Zona a un municipio más el ejecutivo se sostuvo en la negación. Sin embargo, la revista hacía referencia reiterada a la sumisión del gobierno ante la agenda de las FARC (*Revista Semana* ed. 886, 1999, ed. 960, 2000, ed. 978, 2001) , y a que ese elemento estaba constituyendo una crisis al interior del Estado por el rechazo contundente de las Fuerzas Militares a la existencia de esta zona liberada de Fuerza Pública.

En ese sentido la revista visibilizaba de lo que denominaba como agotamiento de la paciencia de los sectores militares, y la sociedad en general (*Revista Semana* ed. 960, 1999) . Los distintos conflictos que surgieron a partir del control de la zona, como el episodio del secuestro de un avión de un ex guerrillero, que lo llevó a aterrizar a la Zona de Distensión, tensionan aún más el escenario político alrededor de la existencia de ese espacio, y para la revista, hacía que la sociedad exigiera reglas de juego más estrictas del funcionamiento de la Zona producto de la cantidad de desmanes que en ella ocurrían.

La columna de la periodista María Isabel Rueda era un espacio dentro de la revista donde las opiniones en contra del proceso de paz y sus posibles avances encontraban un lugar, ejemplo de ello es la columna que publicó la periodista sobre el legítimo deseo de las Fuerzas Armadas de querer mantener la soberanía sobre los bandidos de la guerrilla, a través del cual se posicionaba a favor de la postura que rechazaba la existencia de la Zona (*Revista Semana* ed. 976, 2001).

Nuevamente en la revista aparece como importante la opinión de los Estados Unidos, esta vez en voz de Anne Patterson después de los atentados a las Torres Gemelas de Nueva York el 11 de Septiembre de 2001, quien se refería a que los Estados Unidos habían iniciado una lucha contra el terrorismo internacional que no excluía a los grupos

guerrilleros, y que por ende no iba a tolerar la existencia de territorios liberados para los terroristas, en referencia a la Zona de Distensión.

Finalmente, cuando el presidente Andrés Pastrana finalizó las conversaciones de paz, la primera de sus medidas anunciada en cadena nacional en el mismo momento de la ruptura, fue ordenar al Ejército la llamada “Reconquista del Caguán”, como describe la revista (*Revista Semana* ed. 1035, 2002) . Allí argumentaban la necesidad de que el Ejército volviera a ocupar militarmente los cinco municipios que componían el territorio de las negociaciones, de manera inmediata, sin respetar los acuerdos firmados previamente con las Farc donde el gobierno se comprometía a dar al menos 72 horas a los guerrilleros y guerrilleras para salir de la Zona.

c) Cese Bilateral de Fuegos y Hostilidades

El desarrollo de las negociaciones se dio en el marco del fuego cruzado entre las partes en guerra. En ningún momento durante los años de conversaciones fue posible constituir un cese bilateral de fuegos y hostilidades, que significaba suspender todas las acciones de guerra específicamente, y las acciones hostiles que hacían parte de la confrontación armada dentro de las que se encontraban la retención de soldados, la captura de guerrilleros, los atentados a la infraestructura, los bombardeos del Ejército sobre los campamentos guerrilleros, y cualquier acción armada en el marco del conflicto.

El Cese Bilateral de Fuegos y Hostilidades se plantea con el objetivo de disminuir las consecuencias humanitarias en el marco de una confrontación armada, y se diferencia de las treguas, que son acuerdos mediante los cuales se interrumpe el uso de medios de guerra en zonas específicas por un periodo de tiempo, ambos son mecanismos incluidos en los Convenios de Ginebra y los protocolos adicionales que componen el Derecho Internacional Humanitario, el conjunto de normas jurídicas que regulan los comportamientos en el marco de conflictos armados.

Siguiendo con la representación realizada por *Revista Semana* de la paz como una utopía inalcanzable, la revista construía a través de su cobertura la imagen de la necesidad de adelantar el proceso de paz en el marco de la confrontación como una “Paz Armada” por parte del Estado (*Revista Semana* ed. 883, 898, 1999), que según la cobertura de la revista estaba legitimado constantemente por la sociedad para continuar las acciones de

guerra en contra de los guerrilleros, inclusive haciendo celebración de las acciones contundentes en las que el Ejército abatía comandantes guerrilleros, o capturaba varios de ellos. Sin embargo, así como del Estado la revista legitimaba la paz armada, del grupo guerrillero exigía constantemente “hechos de paz” (*Revista Semana* ed. 926, 2000).

Las acciones de guerra de las Farc eran representadas por la revista como acciones terroristas, inhumanas e inaceptables, como la captura de soldados en combate, o la retención de civiles en medio de las confrontaciones. Cada baja, o cada retención que hacía el grupo guerrillero contra algún grupo de soldados era construido por la revista como un hecho repudiable, que demostraba la nula voluntad de paz de la contraparte, y destinaban series de páginas a narrar la historia personal de los soldados, y la exigencia de liberación por parte de sus familias, de quienes destacaban su origen popular (*Revista Semana* ed. 879, 909, 1999, ed. 935, 936, 939, 2000).

Vinculado a la construcción periodística sobre la Zona de Distensión, se repetía en diferentes ediciones de la revista que este espacio estaba especialmente destinado a fortalecer militarmente la insurgencia, como lo desarrollan en la nota sobre la compra de misiles tierra-aire al Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional de El Salvador, quienes tiraban armamento desde aviones sobre la Zona de Distensión, y que buscaban con ello perpetuar la barbarie nacional (*Revista Semana* ed. 873, 905, 1999). Una serie de afirmación si un sustento probatorio o la cita a fuentes que dieran referencia de la certeza de la información y que, a partir de la enunciación de éstas como noticias, hechas por un medio-‘actor político’ en palabras de Borrat, de la importancia de *Revista Semana*, se constituían en verosímiles y hacían de ésta información real sin tener un sustento claro.

Parte de la construcción de este imaginario se vio fortalecido con la cobertura del hecho del llamado collar bomba, un explosivo que un grupo delincencial común puso en el cuello de una campesina en Chiquinquirá, en el departamento de Cundinamarca. La revista, además de hacer la cobertura de éste episodio desde herramientas narrativas de los hechos informativos, sia counsgertantemente que aunque no habían pruebas que vincularan a las Farc, era muy posible que hubieran sido ellos por sus características (*Revista Semana* ed. 942, 2000), semanas después, cuando se comprobó la autoría real de los hechos, la revista no realizó ninguna aclaración de los señalamientos que había sugerido, es decir, había, producto del proceso de construcción de sentido natural en el

proceso comunicativo como desarrolla Martini, una construcción de la realidad que al comprobarse no era como se había realizado, se mantuvo sin modificaciones.

En contraste con lo anterior, al referirse sobre las acciones de guerra del Ejército, la revista planteaba el enaltecimiento de las mismas a partir de la comprensión de estas como acciones en defensa del país contra la guerrilla (*Revista Semana* ed. 883, 898, 1999). Cada baja del Ejército a la guerrilla era vista como un resultado positivo, inclusive cuando las cifras eran de importantes bajas, como el asesinato de 202 guerrilleros. Constantemente se enunciaba una asociación del Ejército Nacional como héroes que protegían a la población civil de los ataques de la insurgencia, razón por la que era más que esperable que progresivamente se fueran especializando en técnicas de guerra y fortaleciendo el aparato militar, con armas modernas como las detectoras de calor humano (*Revista Semana* ed. 898, 1999), para la revista la modernización y fortalecimiento de los efectivos y el armamento “aumenta la probabilidad de hacer la paz”. Además de la legitimación mediática de ésta imagen del Ejército Nacional, funcionaba también de manera simultánea la propaganda oficial del Estado de los soldados como “héroes”, que años después se convertiría en una campaña publicitaria denominada “los héroes en Colombia si existen” refiriéndose a la Fuerza Pública que se difundía en escuelas llegando inclusive a regalar a niños y niñas en el interior del país disfraces de soldados. Aquí es posible ver, como menciona Althusser, de qué manera los Aparatos Ideológicos del Estado actúan de forma concatenada y contradictoria.

Esta ausencia de Cese Bilateral de Fuegos y Hostilidades, sólo cercana en los breves momentos de tregua que se presentaban en la semana de fiestas de fin de año, fue uno de los elementos con mayor dificultad a lo largo de las negociaciones, ya que cualquier posibilidad de avance en los puntos de negociación se suspendía constantemente por alguna acción de guerra de alguna de las partes que hacía difícil la continuación de las conversaciones (*Revista Semana* ed. 916, 920, 923, 1999, ed. 1013, 1014, 2002). La continuación de esta paz armada además, ocasionaba que las violaciones al Derecho Internacional Humanitario corrieran cada vez más su umbral, y fueran acciones aún más sangrientas y con cada vez más víctimas, especialmente las desarrolladas por fuerzas irregulares aliadas al aparato estatal como los grupos paramilitares, por esa razón, sectores de la sociedad insistían al Estado en la necesidad de firmar en algún momento un pacto de Cese Bilateral de Fuegos (*Revista Semana* ed. 895, 1999).

d) Canje de guerrilleros capturados por prisioneros de guerra y/o secuestrados

En las negociaciones otro de los elementos álgidos fue el constante interés de Manuel Marulanda de lograr acordar con el Estado una Ley Permanente de Canje que permitiera intercambiar prisioneros de guerra del Estado por capturados de la guerrilla, cifra que ascendía aproximadamente a 500 personas retenidas de la libertad de cada una de las partes. Uno de los elementos más tensos de este aspecto era el elemento que mencionamos en el capítulo de este trabajo que desarrollaba la caracterización del conflicto, y del contexto particular en el que se desarrollaron los acuerdos, que hacía referencia a la negativa del Estado colombiano de reconocer el estatus de beligerancia de la insurgencia de las Farc, lo cual se manifestaba especialmente en materia de Canje, ya que firmar esa posible Ley implicaba reconocer el estatus político de las Farc como un grupo insurgente en el marco de un conflicto armado interno. Por otro lado, en materia de opinión pública, la situación de los soldados retenidos por las Farc era uno de los puntos más sensibles, que generaba que desde los medios y desde la llamada sociedad civil hubiera un gran apoyo a la idea de conseguir por vía política la libertad para ellos.

Otra de las manifestaciones de los efectos de la negativa del Estado colombiano de reconocer el estatus de beligerancia a las FARC-EP era la posibilidad de que los efectivos de la Fuerza Pública privados de la libertad por parte de la insurgencia no pudiera adoptarse la calificación de estos como prisioneros de guerra (III Convenio de Ginebra, 1946), ya que la misma solo aplica en conflictos de carácter internacional en los que se ha reconocido a los miembros su estatus de beligerancia. No obstante, el artículo 5 del Protocolo II adicional a los Convenios de Ginebra de 1949 relativo a la protección de las víctimas de los conflictos armados sin carácter internacional sí contempla el carácter y tratamiento de “personas privadas de libertad por motivos relacionados con el conflicto armado”, que de reconocerse el conflicto armado interno habría sido el carácter de los retenidos por ambas partes. Sin embargo, como consecuencia de la negativa del Estado a reconocer el conflicto armado interno, el calificativo que se asumía oficialmente –y por los medios de comunicación– era el derivado del derecho penal interno, a decir “secuestrados” de conformidad con lo dispuesto en los artículos 269 y siguientes del entonces vigente Decreto – Ley 100 de 1980.

Para la *Revista Semana* hay una clara división en términos de importancia entre la representación de las personas privadas de la libertad que hacen parte del aparato del Estado, miembros de las Fuerzas Armadas, o representantes del congreso, y las personas privadas de la libertad que hacen parte de la insurgencia, un mecanismo legitimador y continuador de la reproducción de la ideología dominante del conflicto planteado como “blanco” y “negro”, y humanizando a quienes pertenecen a la clase en el poder.

Más allá de las definiciones estrictas que muestran la evidente diferencia entre los prisioneros en el marco del conflicto, la construcción periodística de la revista se orienta a presentar la libertad como un valor o un derecho de unos prisioneros por sobre otros, que merecen más estar en libertad porque no son criminales o jóvenes imberbes (*Revista Semana* ed. 954, 2000). Inclusive en la misma cobertura, la revista se abstiene de incluir en las informaciones sobre el tema las definiciones del Derecho Internacional Humanitario, y de la misma legislación colombiana, utilizando conceptos inexactos para definir la situación de prisión de soldados y policías como secuestro (*Revista Semana* ed. 872, 919, 1999, ed. 944, 954, 2000), cuando la definición estricta enuncia, como mencionamos previamente, que son prisioneros de guerra.

La inquebrantable postura del gobierno colombiano de aceptar una política de Canje con las FARC tenía como razón principal la negativa a reconocer el estatus de beligerancia del grupo guerrillero, ya que al hacerlo estaría reconociendo, como mencionamos anteriormente, la existencia de un conflicto. (*Revista Semana* ed. 944, 2000)

A las historias personales de los retenidos en combate o en acciones militares del Ejército, la revista dedica gran cantidad de números y especiales, donde da voz a sus familiares para contar con elementos de la narrativa las aptitudes humanas de los soldados y policías, sus virtudes como personas, y lo importantes que son para sus familias. A ellas contraponían la visión de que la liberación de los guerrilleros detenidos no era conveniente ya que eran personas que sabían mucho de técnica de confrontaciones armadas y podían fortalecer la estrategia militar de la insurgencia al regresar a las montañas (*Revista Semana* ed. 963, 2000). En *Revista Semana*, el Canje que pedía por la libertad de los guerrilleros capturados era presentada como una obsesión del comandante de las Farc con el único objetivo de que el Estado reconociera el estatus de beligerancia del grupo insurgente (*Revista Semana* ed. 944, 2000).

Para la *Revista Semana*, la propuesta de Manuel Marulanda de Ley de Canje, y posteriormente de Intercambio Humanitario, donde se contemplaba para ser liberados solamente los soldados y guerrilleros que estuvieran gravemente enfermos, era en realidad una estrategia donde la insurgencia acomodaba los discursos a su favor (*Revista Semana* ed. 944, 2000), y lo que hacían en realidad era quitarse bocas para comer, construcción que mantenían a pesar de la serie de liberaciones unilaterales que hizo el grupo guerrillero (*Revista Semana* ed. 976, 980, 999, 2001), uno de los frutos concretos de los años de negociación.

Los gestos de acercamiento entre el Estado y la insurgencia en materia de Canje eran enunciados por la revista como una actitud nuevamente sumisa por parte del ejecutivo, que inclusive justificaba la política de sangre y fuego de Carlos Castaño y los grupos paramilitares (*Revista Semana* ed. 946, 2000).

Narrativas de representación circundantes a la guerra

a) Confrontaciones armadas durante los años de negociación:

El período entre 1998 y 2002 fue uno de los períodos de mayor escalada de conflicto armado. Si bien en cifras oficiales no está determinada la cantidad de acciones bélicas, dada la característica del conflicto (algunas oficiales por parte del Estado, otras por parte de la insurgencia, y otras hechas por los grupos paramilitares articulados en las Autodefensas Unidas de Colombia), es posible aproximarse a una alta cifra de conflictividad a partir del aumento de inversión en el presupuesto militar y en las manifestaciones mediáticas tanto del establecimiento colombiano, como de las acciones de los grupos ilegales retomadas por los mismos medios.

Durante la administración de Andrés Pastrana, hubo una inversión del 40% del presupuesto nacional con el objetivo de robustecer las Fuerzas Armadas, logicamente parte también de la inversión del Plan Colombia firmado con los Estados Unidos que veremos en detalle más adelante. La reestructuración se dio en todos los sentidos dentro de las Fuerzas Armadas: El presidente hizo un cambio total de la cúpula militar debilitada por el escalamiento de la guerra durante los gobiernos anteriores con el objetivo de pasar a la ofensiva en el conflicto. Además de cambiar la estructura y jefatura, se desarrolló un

sistema de control de comunicaciones basado en el Centro de Operaciones Conjuntas COC que permitía mayor exactitud en las acciones militares, se crearon brigadas móviles y se perfeccionó el aparato de inteligencia y de ataques aéreos, se destaca principalmente la creación el 7 de Diciembre de 1999 de la Fuerza de Despliegue Rápido FUDRA, un cuerpo de asalto aéreo del Ejército especializado en efectuar de manera rápida operaciones contrainsurgentes y antiterroristas

Según las cifras del mismo presidente, de 22.000 soldados profesionales en 1998, se pasó a la cifra de 55.000 soldados profesionales en 2001. En cuanto a los soldados regulares, que incluye la cifra de los jóvenes que prestan servicio militar obligatorio, se llegó de 57.000 a la cifra de 73.000. Se crearon las Brigadas Antinarcóticos, compuestas por tres batallones entrenados por la inteligencia de los Estados Unidos, y se compraron a ese país 18 helicópteros Black Hawk, y 42 helicópteros Huey (UH-1h).

Al terminarse el gobierno de Ernesto Samper en Agosto de 1998, las FARC desarrollaron una ofensiva a 63 objetivos del gobierno nacional con asaltos a instalaciones militares de distintas características en todo el país. Ya en el gobierno de Andrés Pastrana en el mismo año se destacaron las acciones de Tamborales (Chocó) con el resultado de 42 militares y 60 guerrilleros muertos. Posterior a ello se dio la toma de Mitú, capital del departamento del Vaupés con 1500 guerrilleros enfrentaron a 120 efectivos del Ejército, a quienes se sumaron después de numerosas bajas el desembarco de 220 efectivos más de fuerzas especiales del Ejército, quienes meses después se enfrentaron nuevamente dejando 20 militares y 40 guerrilleros muertos.

Ya iniciado el año 1999, el 9 de Enero las AUC habían cometido masacres en El Tigre (Putumayo) y el Playón de Orozco (Magdalena) asesinando a más de 140 civiles. En los meses siguientes continuaron los enfrentamientos del Estado y los grupos paramilitares contra la insurgencia, como los combates de Oasis y La Esmeralda en Arauquita (Arauca) donde hubo 12 militares y 50 guerrilleros muertos, y la avanzada de las FARC sobre el Urabá que tuvo como contraataque las operaciones Némesis y Llanura que dieron como resultado 28 guerrilleros muertos en Vichada y Arauca. El año finalizó con una serie de escaladas tanto del Estado y los paramilitares como de las guerrillas dejando centenares de heridos y muertos, además de numerosas masacres contra la población civil adelantadas por las AUC a partir del característico método paramilitar de “quitarle el

agua al pez”, como metáfora para sugerir que las masacres se justificaban porque los lugares donde las realizaban eran pueblos de apoyo a las insurgencias.

Para el 2000 la FUDRA ya había iniciado sus acciones, y en el primer mes del año en una operación en Quetame y Guayabetal, via al Llano dieron de baja 44 guerrilleros, y meses después 1500 soldados se tomaron el campamento de un miembro del secretariado de las FARC dejando el saldo de otros 37 guerrilleros muertos. Numerosas tomas y combates marcaron el desarrollo del 2000, nuevamente con centenares de civiles, guerrilleros y soldados muertos a causa del conflicto, y grandes daños a la infraestructura energética en el país.

Las AUC a partir de su campaña antiterrorista de “limpieza social” perpetraron su modus operandi en una combinación de masacres, desapariciones forzadas, torturas sistemáticas y asesinatos selectivos en todo el territorio nacional durante la década de 1990, fortaleciendo sus acciones en los años de los Diálogos de San Vicente del Caguán.

“(…) solo entre 2000 y 2002, en crímenes colectivos las autodefensas mataron a casi 3100 civiles, sin contar las miles de víctimas de desaparición forzada y asesinato selectivo; quizá 25 000 desde 1997 hasta 2005.

También expulsaron a cerca de 1 500 000 personas que pasaron a engrosar los cinturones de miseria en Medellín, Cartagena, Cali y Cúcuta principalmente. Solo enumerando las incursiones más sangrientas, las AUC ejecutaron a alrededor de 35 personas en la región de La Gaborra (Norte de Santander) en agosto de 1999; a 66 habitantes del El Salado (Bolívar) el 18 de febrero de 2000; a 15 campesinos muertos a garrote y piedra en Macayepo (Bolívar) el 14 de octubre del mismo año; a 38 pescadores en la Ciénaga Grande de Santa Marta (Magdalena) el 22 de noviembre siguiente; a 27 labriegos liquidados a mazazos en el corregimiento del Chengue (Ovejas, Sucre) el 17 de enero de 2001; a 24 civiles entre los departamentos del Cauca y Valle del Cauca (Alto Naya) en abril de 2001; y finalmente a 140 inocentes en todo el país en los primeros 10 días de octubre de 2001, 24 de ellos en Buga, Valle” (*El*

Durante el 2001 continuó avanzando la escalada del conflicto con acciones militares del Ejército y la insurgencia, donde siguió creciendo la cifra de muertos en el marco de la guerra. A fin de ese año el Ejército publicaba la cifra de 1028 guerrilleros abatidos y 1766 capturados.

En febrero de 2002, recién anunciado el fin de las negociaciones, las Fuerzas Armadas adelantaron la Operación Todo Honor entre la Fuerza Aérea y la Aviación del Ejército. Con un equipo de 35 helicópteros, 4 aviones de inteligencia y la flotilla OV10 de Tucanos, 20.000 tropas avanzaron desde las cinco cabeceras municipales que circundaban la Zona de Distensión: La Uribe, Mesetas, La Macarena y Vista Hermosa en el Meta, y San Vicente del Caguán en el Caquetá. Se efectuaron 121 bombardeos a la Zona horas después de anunciado el levantamiento de la mesa y estando allí todavía unidades guerrilleras y población civil.

Revista Semana registró en sus páginas algunas de las confrontaciones armadas mencionadas anteriormente, especialmente las acciones militares que atribuían a las FARC en una importante cantidad de números: *Revista Semana* ed. 883, 885, 879, 880, 895, 898, 904, 905, 909, 914, 916 de 1999; ed. 923, 924, 930, 933, 934, 939, 942, 950, 956, 957, 960, 962, 968 de 2000; ed. 975, 986, 995, 997, 1004, 1007, 1013, 1018 de 2001, 1027, 1028, 1034 de 2002. En la cobertura de estas ediciones la revista construía y fortalecía la imagen de inhumanidad de los insurgentes, y en especial la imposibilidad de la paz a partir de las características negativas del grupo guerrillero como poco comprometido con el proceso de negociaciones, donde se destacan títulos como “¿A qué juegan las Farc?”, “Entre la ilusión y el terror. Los cruentos actos terroristas cometidos por las Farc”, “Aquí están, esos son... Las Farc son responsables del crecimiento del secuestro en el país”, “La IRA de las Farc”, entre otros.

A su vez, dedicaron a las acciones del Ejército a partir de una representación de los hechos como “lamentables” solamente las ediciones 955 y 956 del 2000 sobre el caso del asesinato de menores de edad por parte de efectivos militares que ubicaron en la tapa de la edición titulado “La vida y la muerte: La tragedia nacional no tiene límites: la alegría

por el rescate de seis secuestrados fue opacada por la muerte accidental de seis niños en una acción del Ejército”. Después con una representación positiva y de exaltación se construye la imagen de las Fuerzas Armadas en el conflicto en ediciones como la 883 de 1999 donde en una foto de página completa titulan “Buen viaje: Fuerzas armadas están tomando la iniciativa en la lucha contra al guerrilla y se encuentran dispuestas a evitar que la subversión siga atacando a civiles que nada tienen que ver en el conflicto que afecta a Colombia”, la 898 de 1999 donde se lee “Golpes a la guerrilla desde las Fuerzas Militares. 202 guerrilleros muertos. Buena parte del éxito de las operaciones contra guerrilla ha radicado en la utilización de un novedoso sistema de visores infrarrojos que detectan el calor humano y permiten la localización de frentes guerrilleros. Los equipos son operados por expertos pilotos de combate de la Fuerza Aérea Colombiana. Golpes del Ejército, nueva estrategia militar. Pero por lo pronto, aunque parezca paradójico, estos triunfos recientes podrían incrementar un poco más las probabilidades de hacer la paz con las Farc” o la edición 929 del 2000 donde se ve una fotografía con los armamentos comprados en el marco del Plan Colombia.



Revista Semana ed. 929 del 2000

En la edición 1027 de 2002, aún en el marco de los Diálogos de Paz, *Revista Semana* titula “Guerra: ¿qué tan listos? Las FFAA son hoy más capaces de enfrentar a la guerrilla pero aún falta mucho para golpear sus finanzas y derrotar el secuestro. Nadie podría negarlo. Mejor en recursos: 3,5 PIB, Mejor en capacidad aérea: 30 helicópteros de combate, aviones. Mejor en profesionalización de los soldados: 140mil hombres”, en la

siguiente edición, número 1028 se lee en tapa “Cómo sería una guerra total? En medio del póker entre Pastrana y las Farc ese es el interrogante en la mente de los colombianos” donde se desarrolla como vimos en el apartado *La noción de paz y el avance de las conversaciones en sí mismas*, un cuadro comparativo de lo que se ganaría o perdería con la ruptura de las negociaciones.

Finalmente en la edición 1034 de Febrero del 2002 dedicada a la ruptura de las negociaciones, es posible apreciar de qué manera la *Revista Semana* construye la guerra como la única salida posible mencionando que “pasó lo que tenía que pasar” refiriéndose a la ruptura de la mesa de conversaciones. Con una nota de Hernando Gómez Buendía publican que se “enterró un proceso de paz que nació muerto porque estaba amarrado a la zona de distensión, y que había perdido sentido geopolítico desde el asesinato de los indigenistas. Es más: no hubo proceso de paz. Hubo un malentendido largo y costosísimo. Se agravará la guerra”.

Posterior a ello se enumera en una nota que resume “10 preguntas que se hacen los colombianos sobre la ruptura del proceso de paz” donde se menciona el nuevo escenario político y se responde a la pregunta “¿Está preparado el Estado para la guerra?” con que “Estos días demostraron que las Fuerzas Armadas colombianas están mucho más fuertes hoy para enfrentar una guerra que antes. Han fortalecido su presupuesto y su capacidad para administrarlo de manera eficaz para la guerra. Han aumentado su pie de fuerza. Al finalizar el año habrá 140.000 hombres armados defendiendo al Estado Colombiano, y de éstos 55.000 profesionales muy bien capacitados y dotados. Hay un número considerable de soldados reguales, 87.000, capaces de cuidar mejor la infraestructura. Y el Estado cuenta con cinco brigadas móviles que pueden tener una reacción ofensiva rápida. A esto se le sumará pronto al brigda especial, que será entrenada por el gobierno de Estados Unidos para cuidar las instalaciones petroleras (...)”

También se desarrolla el detalle de la Operación de retoma del Caguán con una representación desde la narrativa de la guerra:

“A las 5 de la mañana del pasado viernes un grupo de soldados ingresó a la sede del Batallón Cazadores, uno de los símbolos más preciados de lo que hasta horas atrás era la zona de distensión. Los militares entonaron el Himno

Nacional y gritaron vivas al Ejército Nacional por ‘recuperar’ el territorio que estaba en poder de las Farc desde hacía tres años y cuatro meses. La sede militar está a cuatro km del casco urbano de San Vicente del Caguán, donde durante toda la noche se sintieron los estruendos de las bombas.

El ingreso de las tropas se produjo en helicópteros UH-60 de fabricación estadounidense. Previamente la Fuerza Aérea, con una treintena de aviones OV-10, AT-37, DC-3 y K-Fir y helicópteros Black Hawk, habían bombardeado “85 puntos estratégicos” dentro de la zona de distensión para asegurar el área. El parte de victoria del general Fernando Tapias, comandante de las Fuerzas Militares, fue dado con el reconocimiento de que uno de los K-Fir israelíes y tres helicópteros habían recibido impactos con armas de fuego. Los pilotos sufrieron heridas”

Y finalmente a la cobertura de las acciones de los paramilitares agrupados en las Autodefensas Unidas de Colombia en cabeza de Carlos Castaño se destinaron los números 930, 965 del 2000, 986 y 1016 del 2001 con una representación negativa, donde se mencionan solamente algunas de las numerosas masacres cometidas por las AUC, como la masacre de El Salado, algunos secuestros a congresistas, y se califica de “desmadre” el accionar paramilitar “desbordado” que, con sus métodos de terror le “está ganando a la guerrilla”. Por otro lado, con una representación condescendiente con las razones de los paramilitares para perpetrar sus acciones, en los números 873 de 1999, 931, 934 y 966 del 2000, y 982, 996, y 1022 del 2001 se hace referencia a la historia detrás de la “lucha paramilitar” a través de varias entrevistas que le realizan en estos números, y también otros medios de comunicación televisivos y radiales en horarios prime time a Carlos Castaño, donde se refuerza la imagen de líder político de la “clase media desamparada”, cuyas acciones estaban legitimadas a partir de su historia de vida. (*Revista Semana* ed. 934 del 2000)

b) *Paramilitarismo*

Como mencionamos en el capítulo sobre el Breve contexto del conflicto político, social y armado, una de las principales tesis que maneja el pensamiento dominante colombiano, y el relato oficial del conflicto, es precisamente que el paramilitarismo es un fenómeno producto de la existencia de las guerrillas, y que por ende, lo único necesario para que desaparezca el paramilitarismo es que desaparezcan las guerrillas. También mencionábamos la serie de críticas que se han desarrollado frente esta tesis y las inexactitudes y errores históricos que la contienen.

Sin embargo, en el caso de la *Revista Semana*, se fortalece y se continúa con la representación del paramilitarismo como una consecuencia de la existencia de las Farc, y se posiciona en el interés de que Colombia conozca, a través de sus páginas, las razones de su existencia y la personalidad de los miembros de la organización Autodefensas Unidas de Colombia AUC, y su principal líder, Carlos Castaño Gil. Para ello en varios números (*Revista Semana* ed. 873, 1999, ed. 930, 931, 966, 2001), dedican espacio a entrevistas con Castaño, y a describir las diferencias entre las acciones de los grupos guerrilleros y las de las AUC.

Ya en el inicio de las negociaciones Manuel Marulanda exigía públicamente al Estado que tomara serias acciones para desmontar el paramilitarismo, y la negativa a reconocer al grupo paramilitar como un actor político, ya que según la lectura tanto de la insurgencia, como de distintos historiadores y analistas, los paramilitares no podían ser equiparables a la guerrilla en tanto contraparte de una negociación dado su carácter defensor del Estado colombiano y el establecimiento vigente. Frente a esto, la decisión editorial de *Revista Semana* estaba orientada a visibilizar la aparente necesidad en los territorios de que existiera este, ya que habían sido quienes pacificaron las zonas donde habían estado las Farc (*Revista Semana* ed. 897, 2000). En uno de los primeros números posterior al inicio de los acuerdos de paz, la revista publica una nota especial sobre las metodologías que utilizaban las autodefensas para hacerse del control territorial en varios lugares del país, mostrando sus diferencias inclusive a través de cuadros comparativos con los métodos de las guerrillas.



(*Revista Semana* ed. 897, 1999)

En entrevistas concedidas por Carlos Castaño y publicadas o retomadas en *Revista Semana*, como la hecha por la periodista de televisión Claudia Gurisatti en horario prime time (*Revista Semana* ed. 934, 2000), Castaño señalaba que las acciones de las AUC eran acciones profundamente antsubversivas, por lo que para su juicio, todas las víctimas de las masacres cometidas por su organización, eran guerrilleras o colaboradoras de la guerrilla, como en la masacre de El Salado en Antioquia (*Revista Semana* ed. 930, 2000). Sobre el método de acción de las AUC, la *Revista Semana* realizó un especial en el que se describía cómo, aunque el método paramilitar era la instalación del terror en las comunidades, igualmente habían construido casas y escuelas (*Revista Semana* ed. 984, 2001), que incluía entrevistas a habitantes de los territorios que afirmaban que para muchos sectores de la población las autodefensas en esos territorios “somos todos” (*Revista Semana* ed. 986, 2000), haciendo referencia a la cercanía del proyecto paramilitar a la vida cotidiana de las regiones, e inclusive a la fuerza pública donde en el campo de batallas son como hermanos. La Revista afirma que muchos ganaderos, empresarios y comerciantes creen que si se acaban las AUC es posible que vuelva la pesadilla guerrillera (*Revista Semana* ed. 997, 2001), relato que en el especial de la revista sobre el Río Magdalena cobra mayor sentido, ya que la misma Revista reseña la cultura antsubversiva presente “hasta en los niños” a lo largo de las poblaciones aledañas al río más importante del país (*Revista Semana* ed. 997, 2001). Resulta evidente la clara legitimación que a través de dichas afirmación la *Revista Semana* consolida de la imagen de las características de cada quien en el marco del conflicto.

Nuevamente se formula desde la dualidad de ‘buenos’ y ‘malos’, donde, a pesar de describir en distintos números de la revista las acciones violatorias a los Derechos Humanos por parte de los grupos paramilitares, se los presenta como una herramienta de violencia necesaria ante un grupo insurgente, ya que defienden en su práctica militar la institucionalidad del Estado y los intereses de las clases dominantes en lo local como configuran los grupos ganaderos, entre otros.

Es importante mencionar que a pesar de que la revista retoma en diferentes números la información sobre el modus operandi de las AUC, que incluían masacres, desplazamientos forzados masivos de comunidades campesinas bajo el argumento de ser auxiliares de la guerrilla, violaciones a los derechos humanos, torturas, entre otros métodos, construyen, a través de la narrativa del conflicto, que a pesar de todos esos mecanismos para hacerse del poder territorial, no son tan graves como las acciones de las FARC, o por lo menos no se visibilizan o denuncian de la misma manera (*Revista Semana* ed. 872, 884, 1999, ed. 930, 931, 934, 2000, ed. 1016, 2001). Sobre esto la revista en Diciembre del año 2000 retoma un informe del Human Rights Watch de la siguiente manera:

“Mientras el gobierno decide la prórroga de la zona de despeje Human Rights Watch lanza duras críticas a los abusos cometidos por las Farc y otros. Y aunque en el informe el jalón de orejas para los grupos guerrilleros es fuerte, se deja en claro que son los paramilitares los que más violaciones están cometiendo. “Los grupos paramilitares son considerados responsables de al menos el 78% de las violaciones registradas en los seis meses posteriores a octubre de 1999” (*Revista Semana* ed. 971, 2000)

A pesar de ello, la revista insiste, a través de las entrevistas con el líder paramilitar Carlos Castaño, o los artículos de los columnistas, en construir una imagen humanizada y cercana de los paramilitares, como es posible ver en la Edición 931 del 2000, donde Antonio Caballero en su columna se refiere a la entrevista realizada por Darío Arizmendi, un importante periodista radial, bajo el título “Las Caras de Castaño” como “refrescante”, ya que según él, el jefe paramilitar había dado la cara en un país donde nadie daba la cara.

Sobre esto último, vale la pena mencionar la nota que publica *Revista Semana* sobre la molestia en el interior de las fuerzas armadas por la decisión del presidente de apartar de sus funciones a dos generales que estaban siendo investigados por vínculos con los grupos paramilitares en diferentes regiones del país (*Revista Semana* ed. 884, 1999).

De forma reiterada, *Revista Semana* sugiere la necesidad de darle un estatus político a los paramilitares (*Revista Semana* ed. 934, 966, 2000, ed. 1013, 2001), así como de alguna manera se le está reconociendo a la guerrilla como un actor con quien el Estado debe negociar, y con distintas declaraciones del entonces candidato a la presidencia Álvaro Uribe Vélez, se reiteraba la postura del proyecto político antisubversivo de la organización nacional de carácter paramilitar que eran las AUC (*Revista Semana* ed. 933, 2000)

c) Narcotráfico y Plan Colombia

Como se mencionó en el capítulo de Breve contexto del conflicto político, social y armado en Colombia, una de las principales construcciones tanto de la narrativa oficial de la historia nacional, como de la narrativa mediática aliada de los principales grupos económicos del país, es que los grupos insurgentes del país tienen una vinculación absoluta con la producción y comercialización de narcóticos, siendo ésta según ese relato, su principal actividad económica y a partir de la cual garantizan su funcionamiento. Para el establecimiento, como para los medios de comunicación, instalar este imaginario siempre ha sido fundamental para desacreditar las razones políticas que argumentan los grupos insurgentes sobre los orígenes de su lucha, y la necesidad de la continuidad de la misma, a través del cual construyen, como sucedía durante la llamada “guerra fría”, una imagen de los grupos afines a ideologías contestatarias o alternativas al capitalismo como grupos y personas amenazantes y peligrosas, como se hizo con la propaganda anticomunista donde se construía la imagen de los comunistas como personas desprovistas de características humanas, siempre cuestionables desde lo que para la matriz cultural capitalista son la moral y la buena conducta. (Stonor Saunders, 2001) (Buen Abad, 2011)

En ese contexto es importante aclarar que producto de las sangrientas décadas de 1970 y 1980 en Colombia, que estuvo signada por el accionar de los carteles del narcotráfico

especialmente de Medellín y de Cali, el señalamiento del establecimiento colombiano contra sus enemigos políticos estaba principalmente centrado en culparlos de ser actores o cómplices del circuito del narcotráfico, con la intención de instalar un rechazo hacia ellos por sus supuestas actividades delincuenciales de tráfico de drogas, del cual vale la pena mencionar, se vio profundamente beneficiada la clase poderosa del país que fortaleció y engrosó sus capitales a partir de esta actividad económica ilegal (Velasco 2018) y que permitió inclusive que el responsable del Cartel de Medellín, Pablo Escobar, llegara al congreso como representante a la Cámara para defender sus intereses¹⁴.

Los Estados Unidos, con experiencia en adelantar conflictos bélicos en diferentes latitudes del continente con el argumento de su preocupación por instalar y fortalecer la democracia y la libertad según sus propias lecturas de estos conceptos, se mostraron interesados durante la década de 1980 y 1990 por fortalecer la llamada lucha contra el narcotráfico en países productores de la materia prima como Colombia, parte de esto fue la firma de la Ley 27 de 1980 sobre el Tratado de Extradición entre la República de Colombia y los Estados Unidos de América", firmado en Washington el 14 de septiembre de 1979, con el objetivo de "hacer más eficaz la cooperación entre los dos Estados para la represión de delitos; y Animados por el deseo de concertar un nuevo Tratado para la recíproca extradición de delincuentes". (Ley 27 de 1980)

En la década de 1980 Ronald Reagan decreta que el tráfico de drogas constituye una amenaza para la seguridad nacional de Estados Unidos, e impone en 1986 la certificación como un mecanismo de presión y control sobre los países donde se producen drogas de uso ilícito, de acuerdo a lo que el Senado de Estados Unidos dictamine como su contribución o no en la guerra contra las drogas. Es un instrumento de índole colonial, porque un poder externo decide a su arbitrio a que país se le proporciona ayuda económica, asistencia técnica y cuenta con el beneplácito de los Estados Unidos. Esta orientación fundamental la línea militar asumida luego por George Bush en 1989, mediante la Iniciativa Andina, para combatir la producción de cocaína en los países productores de sudamérica, un proyecto que surge de las presiones del Comando sur. Estos son los tiempos en que se impone el

¹⁴ Pablo Escobar y la política, disponible en <http://focoeconomico.org/2012/07/03/pablo-escobar-y-la-politica/>

Consenso de Washington que exige la apertura neoliberal del mercado, una orden que en Colombia cumple en forma obediente el gobierno de César Gaviria (1990-1994), con la abrupta apertura económica que destruye la industria nacional y que va de la mano con la militarización encubierta bajo el manto de la lucha antinarcoóticos. (Vega Cantor, 2015)

Por definición, si la lucha contra el narcotráfico iba a ser la nueva batalla de los Estados Unidos por defenderse de la amenaza que significaba el tráfico de estupefacientes, la financiación y entrenamiento para el combate contra las estructuras narcotraficantes iba a ser una de sus principales prioridades, especialmente en aquellos países productores de la materia prima, dentro de los cuales se encontraba Colombia. Así se desarrolló una política del gobierno de los Estados Unidos de asistencia a la llamada lucha contra el narcotráfico, que, aunque no reconocía formalmente a los grupos guerrilleros como narcotraficantes, sí vinculaba la actividad a su funcionamiento operativo como organizaciones. Fue entonces, en el marco del inicio de las negociaciones entre el Estado y las FARC-EP, que se formalizó esa asistencia a la lucha contra las drogas, en el llamado “Plan Colombia” por US\$ 1300 millones. Al ser catalogado como una amenaza, implica una acción de defensa, que en el caso del *Plan Colombia: plan para la paz, la prosperidad y el fortalecimiento del Estado*, se traduce en un componente principalmente militar dentro del Plan que fue originalmente redactado en inglés, votado y aprobado por el Congreso en los Estados Unidos en 1999, a pesar de haber reticencia de algunos sectores del Partido Demócrata de aprobarlo por las posibles violaciones a los Derechos Humanos que podrían derivar de su implementación, y por la preocupación de este sector por las denuncias de la vinculación de la Fuerza Pública con los grupos paramilitares.

Tras fin de la guerra Fría, Estados Unidos, sin abandonar el anticomunismo –que reaparece en la figura del socialismo del siglo XXI en América Latina– construye nuevos enemigos, ubicuos y difusos, representados en el narcotraficante, el mafioso, el falsificador... que luego del 11 de septiembre desembocan en la figura del terrorista internacional, principalmente islámico, como encarnación suprema y universal del «mal» que se enfrenta a Estados Unidos, como representante del «bien» y la «libertad» (Vega Cantor, 2015)

La *Revista Semana* refuerza esta construcción a lo largo de sus ediciones, construyendo el imaginario de las FARC-EP como una organización fuertemente ligada al narcotráfico, que condena al país a seguir viviendo el flagelo del tráfico de drogas para enriquecerse y poder funcionar (*Revista Semana* ed. 879, 1999, ed. 970, 2000). En el artículo “Tío Sam al Rescate” desarrollan esa preocupación casi altruista de los Estados Unidos en cabeza de su presidente Bill Clinton de defender la democracia de Colombia que estaba siendo atacada por el fenómeno del narcotráfico, y el interés real del presidente del país norteamericano de mostrar sus gestos de solidaridad con el pueblo colombiano, para lo que realizó una visita de horas en la ciudad de Cartagena, con la que sellaría este acuerdo de cooperación militar que fue visto con buenos ojos por parte de la revista (*Revista Semana* ed. 908, 1999).

A partir de los distintos elementos que se plantearon en el apartado de las *Narrativas de representación circundantes a la paz*, la *Revista Semana* hacía ver la consecución de la paz en Colombia como una utopía, y que las conversaciones de paz no podían llegar a buen puerto principalmente por las características de la contraparte de las negociaciones, un enemigo en el cual era imposible confiar por su naturaleza criminal. En ese sentido, la revista fue posicionando la necesidad de la firma del Plan Colombia como una herramienta que sí podía cambiar la ecuación a partir de la cual se ordenaba el conflicto colombiano, ya que podría fortalecer el aparato militar del Estado y de esa manera conseguir una victoria sobre los guerrilleros y guerrilleras (*Revista Semana* ed. 965, 2000). En el número 967 la *Revista Semana* relata como una crónica la celebración del Embajador de Colombia en los Estados Unidos cuando se aprobó finalmente el Plan Colombia, y lo cataloga como un hecho de alegría:

“Hacia las dos de la tarde del jueves el embajador de Colombia en Washington, Luis Alberto Moreno, sacó una botella de champaña de su escritorio que él mismo se encargó de descorchar. Alzó la mano y brindó con todos los funcionarios de la delegación colombiana instalada en la casa del Dupont Circle.

Celebraban la decisión que acaba de tomar el Senado de EEUU que cambiará la historia del conflicto armado en Colombia. Paquete de ayuda militar y humanitaria, busca combatir el narcotráfico y fortalecer la democracia colombiana” (*Revista Semana* ed. 967, 2000). Dando por hecho que la noticia no solamente tenían que celebrarla desde el

gobierno, sino así debería ser en la sociedad colombiana en general, instalando o legitimando, una vez más, la ideología dominante a través de los mecanismos de materialización de la ideología dentro de los que se encuentra el discurso periodístico, como señalaba Althusser.

Por esta razón, publicaban investigaciones que señalaban las probadas vinculaciones que tenía el grupo insurgente con los carteles del narcotráfico y el circuito de producción y comercialización de la coca y su elaboración como cocaína, sin embargo a la hora de publicar las pruebas mismas argumentaban que no se podían publicar porque podrían alterar las investigaciones judiciales (*Revista Semana* ed. 971, 2000), que llevó a que por lo menos en los años de negociaciones, no se publicara en ningún momento ninguna prueba contundente de la participación del grupo insurgente en este proceso de comercialización ilegal. Sin embargo, según la revista, como las FARC vivían de la droga, inevitablemente el desarrollo e implementación del Plan Colombia iba a afectar el desarrollo de las negociaciones.

Las columnas de opinión de Antonio Caballero y María Isabel Rueda, dos de los principales periodistas que escribían en *Semana* en la época, componían un espacio donde la revista hacía énfasis el análisis y generaba algún tipo de debate sobre diferentes temas, especialmente el de la intervención norteamericana en el conflicto colombiano. En la columna de María Isabel Rueda en la edición titulada *Pros y Contras* (*Revista Semana* ed. 971, 978, 2000), la periodista desarrollaba argumentos bastante similares a los que la revista construía en las notas sobre el Plan Colombia, entre los que estaba la favorabilidad de que los Estados Unidos quisieran, a partir de su espíritu solidario, ayudar a Colombia a conseguir la paz a través de la lucha contra el narcotráfico que demostraba que en última medida Colombia ya no estaba sola (*Revista Semana* ed. 978, 2001). Así mismo, las únicas menciones negativas sobre la firma del Plan Colombia fueron las breves referencias que se hacían sobre la preocupación de algunos senadores demócratas sobre la posible violación de DDHH, y la columna de Antonio Caballero como respuesta a la mencionada de María Isabel Rueda, donde planteaba el riesgo que implicaba para el país la firma del Plan, ya que según su perspectiva este reducía el conflicto armado a la existencia del narcotráfico, y dejaba de lado las causas sociales y políticas que generaron el conflicto.

La revista por lo menos en una publicación mensual incluía alguna entrevista a un funcionario del gobierno norteamericano o del Comando Sur de los Estados Unidos sobre la situación general de los acuerdos de paz, o específicamente sobre el Plan Colombia, y ubicaba a Colombia en la geopolítica de los Estados Unidos como el foco central de los esfuerzos del país norteamericano en combatir el tráfico de droga en el mundo (*Revista Semana* ed. 878, 1999, ed. 924, 925, 926, 927, 2000, ed. 1017, 1024, 2001). Aparece entonces, nuevamente, la legitimación de la ideología dominante, esta vez a partir de la representación de los Estados Unidos como un actor con el poder de opinar y decidir sobre la soberanía de Colombia.

Desde el cambio de gobierno en los Estados Unidos en Enero del 2001, con la elección como presidente de George W. Bush por el partido republicano, la política de ayuda internacional respecto Colombia fue cambiando de rumbo progresivamente a partir de las intenciones del nuevo presidente norteamericano de probar que las FARC eran un cartel del narcotráfico (*Revista Semana* ed. 991, 2001). A partir del atentado que sufrieron las Torres Gemelas del World Trade Center de Nueva York el 11 de Septiembre, Bush anunció una guerra global contra el terrorismo, a través de la creación de guerras preventivas en distintos lugares del mundo donde según su criterio existiera la amenaza de nacimiento, crecimiento y desarrollo de organizaciones y acciones terroristas, sin definir en algún momento a qué se refería con el concepto de terrorismo, directriz que sugirió la embajadora de Estados Unidos en Colombia entonces en una entrevista con *Revista Semana*, que catalogaba al terrorismo como “todo lo que parezca, lo que tenga acciones, es terrorismo” (*Revista Semana* ed. 1017, 2001)

La distinción entre lucha anti-narcóticos y anti-«terrorista» se esfuma, porque, según George Tenet, Director de la CIA: «La amenaza terrorista va más allá de los extremistas islámicos y del mundo musulmán. *Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia son una seria amenaza a los intereses de Estados Unidos en América Latina porque nos asocian a nosotros con el gobierno con el cual luchan*». El Comando sur participa en el diseño e implementación del Plan Patriota, al que Estados Unidos suministra mil millones de dólares anuales durante tres años y pasa a dirigir el manejo de radares y satélites en territorio colombiano, es decir, controla la información y la inteligencia. (Vega Cantor, 2015)

Dentro de esta nueva lucha internacional contra el ‘terrorismo’ cumplían un papel fundamental las conversaciones de paz entre el gobierno colombiano y la insurgencia de las FARC, ya que según declaraciones retomadas por *Revista Semana*, Estados Unidos iba a tener tolerancia cero con el terrorismo, e iba a rechazar cualquier intento de negociación de un Estado con grupos terroristas (*Revista Semana* ed. 1012, 2000). Según la misma revista, el Plan Colombia se había convertido más que en un plan de ayuda para que el país superara el flagelo del narcotráfico, en el proyecto antiterrorista de los Estados Unidos para Colombia. (*Revista Semana* ed. 1020, 2001)

A partir de este recrudecimiento de política internacional de los Estados Unidos contra el llamado terrorismo, a través de guerras e invasiones militares, *Revista Semana* construyó una representación del nuevo enemigo internacional en el escenario colombiano: En lo local, la insurgencia de las FARC era ahora, además de un grupo vinculado con el narcotráfico en el cual no se podía confiar como contraparte, un grupo de prácticas terroristas que cambiaba la ecuación de la utilización del componente militar del Plan Colombia, que originalmente estaba diseñado para ser implementado en la lucha contra el narcotráfico, pero que ahora se planteaba pudiera ser utilizado en la lucha contrainsurgente (*Revista Semana* ed. 1024, 2001).

Finalmente, en el contexto de la ruptura de las negociaciones, celebrado por el gobierno de los Estados Unidos (*Revista Semana* ed. 1028, 2002), *Revista Semana* elabora una lista de las diez preguntas que se hacía ahora el país posterior a la finalización de las conversaciones, donde incluía como posibilidad real que llegaran tropas del Ejército de los Estados Unidos para fortalecer la llamada lucha contra el terrorismo en el contexto colombiano, y conseguir aquella paz utópica que fue imposible de conseguir a través de la vía política, y que parecía ser posible únicamente a través de la solución bélica.

Después del quiebre del proceso de paz en Febrero de 2002, se añade como objetivo central del Plan Colombia la ocupación territorial de todo el espacio nacional por parte de las fuerzas militares del Estado, con lo que la lucha antinarcóticos se reconfigura como lucha anti-terrorista. Como resultado del Plan Colombia aumenta el tamaño de las Fuerzas Armadas, cuyos efectivos ascienden de 249.833 en 1998 a

380.069 en 2005 y el PIB en «defensa» aumenta de 3,5% en 1999 a 4,23% en el 2005. Esa militarización la patrocina y, en gran medida, la financia Estados Unidos. Como parte de la modernización de la capacidad bélica del Estado se crea la Fuerza de Despliegue Rápido (FUDRA), que amalgama tres brigadas móviles, una de fuerzas especiales y apoyo de aviación. (...)

Entre 1999 y 2002 se entrega un millón doscientos mil dólares por día a las Fuerzas Armadas, y en ese mismo período se les dota con 84 helicópteros, se crean nuevas brigadas y unidades militares, y se facilitan equipos de inteligencia (incluida asistencia en interceptaciones), uniformes, lanchas de patrullaje y armas ligeras. Quince mil soldados colombianos son entrenados por los Estados Unidos, y mercenarios estadounidenses fumigan miles de hectáreas en el sur del país. (Vega Cantor, 2015)

Vale la pena mencionar que a partir del financiamiento y entrenamiento militar producto del Plan Colombia se acordó la instalación en el país siete bases militares norteamericanas: Bahía Málaga, Tolemaida, Cartagena, Malambo, Palenquero, Apiay y Larandia, además de permitírsele “acceso al espacio marítimo y aéreo a embarcaciones y aviones de Estados Unidos. También se les exime del pago de impuestos y derechos de aduana; se le concede impunidad absoluta al personal estadounidense –aún ante crímenes cometidos por fuera del servicio– y deja abierto el acuerdo para que los Estados Unidos realicen las actividades que estimen convenientes” (Vega Cantor, 2015) , doctrina que se mantiene intacta hasta la actualidad.

Capítulo V

Conclusiones

El objetivo principal que orientó esta investigación fue analizar de qué manera la *Revista Semana* había construido una cobertura periodística sobre las negociaciones de paz entre 1998 y 2002 a través de la representación del conflicto a partir de los ejes de “paz” y de “guerra”. El análisis desarrollado a partir de la problematización del corpus periodístico con base en conceptos del Marco Teórico, principalmente las nociones de noticia, representación, funcionamiento de la ideología dominante y su materialización, condujeron a desarrollar a través del análisis de las matrices de paz y de guerra los objetivos específicos: Identificar a través de qué mecanismos la revista construyó la imagen del Estado Colombiano y las Fuerzas Armadas, de los grupos paramilitares, de los Estados Unidos, de las FARC – EP, y caracterizar de qué manera se construyó una representación de los imaginarios de “paz” y de “guerra” en el marco de la cobertura del período seleccionado.

Como se planteó en el primer capítulo, y a lo largo de la investigación, la estructura misma a través de la cual se desarrolló el análisis de la cobertura periodística de *Revista Semana* daba cuenta del proceso de construcción de conocimiento en el cual se enmarca la elaboración de éste trabajo, e iba dando forma progresivamente a las conclusiones del mismo. El planteamiento del problema inicial en el cual nos preguntábamos de qué manera la revista había realizado esta cobertura nos llevó a separar el análisis en las categorías de narrativas de paz y narrativas de guerra.

En el capítulo III desarrollamos en profundidad la caracterización de *Revista Semana* como uno de los medios de comunicación escritos más importantes del espectro mediático en Colombia. Según las palabras de su mismo director “El papel de *Semana* es dar elementos de juicio y contexto sobre Colombia”. Una revista fundamental para el análisis político, como mencionamos en la justificación, consultada por capas de la clase media ilustrada, que referencia a la revista como un medio de comunicación confiable cuyos análisis son más profundos y complejos que otros a los que pueden acceder a través de la televisión, la radio, u otros medios escritos. Como señala Martini, la comunicación es “un proceso de construcción de sentido históricamente situado, que se

realiza a través de discursos verbales y no verbales, y atraviesa de manera transversal las prácticas de las sociedades”, por ende implica la representación de lecturas sobre la realidad concreta del contexto en el que se enmarca el proceso comunicativo, el proceso que realiza *Revista Semana* de representar la realidad del contexto colombiano y la guerra como se presentaba en los años en los que investiga este trabajo.

Como uno de los medios de comunicación mejor posicionados en el país, ocupa, como señala Héctor Borrat, un lugar de “actor” en el sistema político, es decir, es una fuerza social especializada en la producción y la comunicación pública de relatos y comentarios acerca de los conflictos existentes entre los actores o fuerzas de ese y otros sistemas políticos. El discurso de la prensa, ya sea en soporte de diario o de revista, está inherentemente puesto en relación de conflicto con las otras fuerzas sociales de su contexto.

La materia prima que caracteriza al ejercicio periodístico es la información, que para Martini es aquello que “permite a los individuos conocerse y conocer su entorno, organizar su vida en el ámbito privado y participar en la vida pública”. Para la autora, los medios hacen una selección de los acontecimientos y a partir de ella realizan la construcción social de las noticias. En su investigación, “en esa interpretación operan las representaciones, los valores, los prejuicios y los discursos de segundo y tercer orden provenientes de niveles y géneros discursivos de una diversa índole”. Lo que nos lleva a afirmar, después de haber realizado el análisis del corpus, que es a través de su lectura de realidad, sus valores y prejuicios, e inclusive sus vinculaciones materiales en términos económicos y políticos, que la revista decide seleccionar ciertos acontecimientos con determinada perspectiva, para construir una representación de las narrativas de lo que serían los significantes de paz y de guerra en el período mencionado.

El mismo director de *Revista Semana*, Alejandro Santos plantea que “Semana ha jugado un papel importante en la búsqueda de la verdad, al elegir ser un contrapoder de los abusos del poder político, económico y judicial.”, afirmación que a las luces de ésta investigación llama la atención especialmente después de comprender la composición de propiedad que ha tenido históricamente la *Revista Semana*, vinculada al poder oligárquico de un ex presidente de la época del llamado Frente Nacional, y a una de las familias más poderosas de Colombia como es la familia Santos, a la cual pertenece el ex

presidente y ex Ministro de Defensa en el primer período del uribismo, Juan Manuel Santos, y actualmente vinculada en el 50% de sus acciones al Grupo Gilinski, los únicos empresarios colombianos cuyo capital descomunal hace que al día sean los únicos empresarios del país incluidos en la lista Forbes.

En algunos de los números publicados por la revista en el marco de los Diálogos de Paz de San Vicente del Caguán, se incluyeron artículos que reflexionaban sobre el papel de los medios de comunicación en la cobertura de los mismos, donde planteaban que “El oficio de los periodistas es contar la verdad. No la verdad absoluta, sino la verdad cotidiana y funcional. Guerra y periodismo son opuestos”, y a su vez que “El periodista, igual que el ciudadano, tiene el deber de estar del lado que padece la agresión injusta. Porque la guerra es un recurso extremo, solo el agredido tiene el título moral para ejercerla. Y en nuestro caso ese título sin duda está del lado del Estado.

“La “guerra revolucionaria” en Colombia es injusta por cuatro razones: Primera, porque la insurgencia no encarna un proyecto popular. Segunda, porque es posible la competencia política pacífica. Tercera, porque no hay base razonable para pensar que la guerrilla pueda resolver grandes problemas públicos, y cuarta, porque es inmoral entablar una guerra interna que no puede ser ganada. La guerra paramilitar es injusta por una razón más simple: porque esta guerra consiste en violar las leyes de la guerra”. (*Revista Semana* ed. 1022)

A lo largo de la investigación partimos de la noción de representación como formaciones discursivas que configuran maneras de darle sentido a la existencia, universos de significación, referentes de identidad, pautas de reconocimiento sobre lo común y lo diverso, entre otros elementos, como la define el periodista colombiano Jorge Bonilla. A partir de lo cual podemos concluir que la *Revista Semana* representó, es decir, configuró universos de significación y sentido, a través de formaciones discursivas como los mecanismos de narración del lenguaje político, con el objetivo de llenar, a partir de esas representaciones, los significantes de paz y de guerra.

Estas dos narrativas, de paz y de guerra, aunque inicialmente pueden parecer contradictorias, podemos concluir que son en realidad complementarias y se llenan de

sentido, como ejemplificamos ampliamente, a partir del abordaje periodístico que se realizó de todos los temas circundantes a ambas narrativas: La perspectiva, el enfoque, el recorte, las voces, los silencios, las fotografías, los titulares, todas las decisiones periodísticas que tomó la *Revista Semana* sobre este tema durante los cuatro años de negociaciones.

Ese sentido construido desde la revista legitimaba de manera constante, a través de proceso de materialización de la ideología y de la prensa como uno de los Aparatos Ideológicos de Estado como lo mencionara Althusser, la instalación y la reproducción del pensamiento antsubversivo, contrainsurgente y anticomunista de la clase dominante colombiana, siguiendo las instrucciones de los Estados Unidos en los tratados firmados previo a las negociaciones, y sobre todo, a los acuerdos realizados en el marco del Plan Colombia, de atribuir características de inhumanidad a quienes componían a los grupos insurgentes, a partir de la creación y fortalecimiento de estereotipos para lograr la legitimación del recrudecimiento y escalamiento de la guerra como la única salida para Colombia y para su dramática situación humanitaria, a través de lo cual *Revista Semana* garantizó la reproducción del principal interés político de la clase dominante de perpetuar la guerra para así evitar la participación política de las clases populares, y de su principal interés económico que es continuar la confrontación armada para dinamizar la industria armamentística e imperial de los Estados Unidos en nuestro país, como lo desarrollamos en el capítulo II de este trabajo.

Recordemos que para Althusser “la ideología es un sistema de representaciones con existencia material que toma forma en las relaciones sociales de producción, ese sistema de representaciones tiene una función práctico social, que son las prácticas de los sujetos”, por lo que podemos ver que la *Revista Semana*, a partir del proceso de materialización de la ideología en la práctica de su discurso en la cobertura periodística de los Diálogos de Paz de San Vicente del Caguán, garantiza la legitimación de la ideología dominante, cuya principal función, es la reproducción de las relaciones sociales de producción en el marco del sistema capitalista, es decir, la reproducción misma del Capital.

Entonces, la *Revista Semana* como medio de comunicación, a través de su representación, construyó una imagen del conflicto colombiano a partir de las narrativas

sobre la paz y sobre la guerra orientadas a la legitimación de los intereses de las clases dominantes locales y extranjeras. Esa legitimación, se dio a partir de tres mecanismos de narración del lenguaje político que fueron ejemplificados en el capítulo IV de esta investigación pero que, para fines de las conclusiones resumimos en:

a) La constante reiteración, durante los años de las negociaciones de paz, de un estereotipo de guerrillero, compuesto por un sujeto inhumano, delincuente, en quien es imposible confiar por su ambición personal y ansias de matar de forma indiscriminada y quien merece cualquier acción en su contra, sin importar reglas del Derecho Internacional y de los Convenios sobre las reglas en los enfrentamientos armados. Personas que en algún momento habían tenido un ideal justo como recuperar las tierras para los campesinos pero que desviaron sus objetivos, y se convirtieron en comunistas, admiradores de regímenes opresores como la Unión Soviética y Cuba, seguidores de Marx y Lenin y sus doctrinas de pensamiento que nada tenían que ver con su realidad y la de los combatientes.

b) La banalización de las acciones militares violatorias del Derecho Internacional Humanitario del Estado colombiano, y de los grupos armados ilegales que defendían y apoyaban de manera delictiva los intereses del Estado en contra de los insurgentes, como las acciones de los grupos paramilitares de las Autodefensas Unidas de Colombia bajo el mando de Carlos Castaño, todo justificado por la maldad del enemigo común como mencionamos en el punto anterior, y la heroización de los militares y paramilitares.

c) La exaltación y celebración de las políticas de intervención militar de los Estados Unidos de América en el país, a través de la negociación e implementación del Plan Colombia y la heroización de el Tío Sam como el salvador de los y las colombianas.

Palabras Finales

La responsabilidad política y social de los medios de comunicación, como bien anota Héctor Borrat, los convierte en actores políticos decisivos a la hora de construir lecturas de la realidad para sus consumidores y consumidoras. Como mencionamos en la introducción de éste trabajo, los medios de comunicación en Colombia tienen indefectiblemente un alto grado de responsabilidad en lo que es hoy el conflicto para la

sociedad colombiana, y son, por supuesto, amplia materia de investigación para el campo de las ciencias sociales y las ciencias de la comunicación sobre las dinámicas y tensiones entre el poder, los instrumentos del mismo, y las realidades de alto conflicto como sucede en Colombia.

El escalamiento del conflicto que aumenta década tras década es condicente con la cobertura que los medios de comunicación colombianos, en especial medios de la envergadura e importancia de *Revista Semana* han hecho del mismo. La cultura de la guerra, la exclusión política, la discriminación y rechazo al pensamiento crítico han sido personajes destacados en sus páginas, sin embargo, el protagonista desde entonces hasta la actualidad ha sido el silencio de las voces de quienes son víctimas diarias del conflicto, y de aquellos y aquellas que han transitado la historia del país desde otro lugar lejano al del poder concentrado.

En el caso colombiano queda mucho por decir, por investigar, y por reconstruir. Éste trabajo intenta aportar el análisis particular de un campo de investigación que puede ser profundo y rico para los estudios sobre los medios de comunicación en el país con el conflicto armado más largo del continente, sin embargo, se vislumbra apenas como una primera aproximación a ese terreno poco explorado por las Ciencias Sociales en América Latina y el Caribe.

Como afirmaba Rodolfo Walsh en su Carta abierta a la Junta Militar en 1977, “El terror se basa en la incomunicación”, en no informar numerosos hechos, en no dar voz a ciertas fuerzas en disputa en el marco del conflicto, y en la imposibilidad que ha tenido el periodismo colombiano en construir una realidad sobre el conflicto que permita construir salidas posibles al mismo. Las producciones académicas que estudien el área tienen la responsabilidad de aportar por lo menos a una reflexión crítica sobre la realidad, a incentivar el uso democrático de los medios de comunicación y a conocer en profundidad los contextos de producción de los discursos periodísticos del continente, para cuestionarlos con rigor académico, y garantizar un ejercicio de la labor periodística desde un lugar ético y situado.

Está en el periodismo, y en su compromiso real con la transformación de la historia social y política de Colombia, igual que en las manos de los miles de colombianos y

colombianas que creemos que la guerra no puede ser el destino de nuestro país, construir uno donde —como decía Gabriel García Márquez—, “las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra”.

BIBLIOGRAFÍA

ALTHUSSER, Louis. *Ideología y aparatos ideológicos del Estado. Freud y Lacan*, disponible en <https://perio.unlp.edu.ar/teorias2/textos/m3/althusser.pdf>

BONILLA VÉLEZ, Jorge Iván; GARCÍA, María Eugenia. *Los discursos del conflicto: espacio público, paros cívicos y prensa en Colombia*, Cuadernos de Comunicación 35, Pontificia Universidad Javeriana, Colombia, 1998.

BONILLA VÉLEZ, Jorge., *Las violencias en los medios Los medios en las violencias. Revisión y análisis crítico de los estudios sobre medios de comunicación y violencia en América Latina 1998-2005* disponible en <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Colombia/cinep/20100914110648/lasviolenciasenlosmedioslosmediosenlasviolencias.pdf>

BORRAT, Héctor (1989). *El periódico como actor del sistema político*. Barcelona: Ediciones G. Gili

BUEN ABAD, Fernando, “¿Es verdad que los comunistas comen niños?”, disponible en <https://www.alainet.org/es/active/47741>

STONOR SAUNDERS, Frances. *La CIA y la guerra fría cultural*, disponible en https://www.nodo50.org/cubasigloXXI/b2-img/saunders_la_cia_y_la_guerra_fria_cultural.pdf

GARCÍA BURBANO, Carlos Andrés. *Las representaciones del conflicto armado construidas por el Tiempo en el marco de un cambio en la política gubernamental, 1978-1984*, disponible en <http://bibliotecadigital.univalle.edu.co/xmlui/handle/10893/10469>

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. *La soledad de América Latina. Discurso de aceptación del Premio Nobel 1982*, disponible en http://estaticos.elmundo.es/especiales/cultura/gabriel-garcia-marquez/pdf/discurso_gabriel_garcia_marquez.pdf

LÓPEZ DE LA ROCHE, Fabio, *Retos del proceso de paz de La Habana, a la comunicación y a las culturas políticas*, disponible en <http://congreso.pucp.edu.pe/alaic2014/wp-content/uploads/2013/09/GT3-Fabio-Lopez-de-la-Roche.pdf>

LOZANO GUILLÉN, Carlos. (2006). *¿Guerra o paz en Colombia? Cincuenta años de un conflicto sin solución*, Bogotá, Colombia: Ocean Sur.

MARTINI, *Periodismo, noticia y noticiabilidad*. (2000), Grupo Editorial Norma.

MARTINI, Stella. (2000). *Periodismo, noticia y noticiabilidad*, Buenos Aires, Argentina: Grupo Editorial Norma

MARX, Karl. (1946) *El Capital. Crítica de la Economía Política*. México D.F, México: Fondo de Cultura Económica.

MARX, Karl. (1959) *La Ideología Alemana*, Montevideo, Uruguay: Ed. Pueblos Unidos.

ORDÓÑEZ, Jairo., *El periodismo de Attachment en Colombia*, disponible en <http://babel.banrepcultural.org/cdm/ref/collection/p17054coll23/id/723>

PARDO, Neyla., *La representación de los actores armados en conflicto en la prensa colombiana*, disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=21901807>

PENAGOS CARREÑO, Julián. *La construcción de la memoria de un lugar en la prensa. Urabá en la Revista Semana (1980-2002)* disponible en https://www.researchgate.net/publication/277266714_La_construccion_de_la_memoria_de_un_lugar_en_la_prensa_Uraba_en_la_Revista_Semana_1980-2002

PENAGOS Carreño, Julián., *1984 Representaciones de las Farc en la prensa: guerrilla comunista o narcoguerrilla*, disponible en http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S0122-82852015000100002&script=sci_abstract&tlng=es

RIZO OTERO, Harold José. (2002). *Capítulo X. El proceso de paz durante el gobierno de Andrés Pastrana(1998 - 2002)*. En *Evolución del Conflicto Armado en Colombia e Iberoamérica*, Bogotá, Colombia: Corporación Universitaria Autónoma de Occidente

STONOR SAUNDERS, Frances. *La CIA y la guerra fría cultural*, disponible en https://www.nodo50.org/cubasigloXXI/b2-img/saunders_la_cia_y_la_guerra_fria_cultural.pdf

VALENCIA NIETO, Daniel Guillermo., *Los medios en el escenario del conflicto y lo político*, disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=189233271005>

VEGA CANTOR, Renán, *La dimensión internacional de conflicto social y armado en Colombia. Injerencia de los Estados Unidos, contrainsurgencia y terrorismo de Estado*, disponible en <http://www.corteidh.or.cr/tablas/r33458.pdf>

VELASCO, Duncan, *Oligarquía, poder político y narcotráfico en Colombia: los casos de Medellín, Santa Marta y Muzo*, disponible en <http://www.scielo.org.co/pdf/rci/n95/0121-5612-rci-95-00167.pdf>

YEPEZ-CHARRY, Andrés Felipe., *Marcos interpretativos: Reelección presidencial y la figura de Álvaro Uribe Vélez en la Revista Semana*, disponible en <http://palabraclave.unisabana.edu.co/index.php/palabraclave/article/view/4147/html>

Artículos Web

¿ De quién son los medios de comunicación en Colombia?, disponible en <https://www.las2orillas.co/de-quien-son-los-medios-de-comunicacion-en-colombia/>

“El fundador” disponible en <https://www.semana.com/nacion/articulo/el-fundador/79639-3>

“La diferencia entre tregua, cese al fuego y armisticio” disponible en <https://www.icrc.org/es/document/colombia-tregua-cese-al-fuego-o-armisticio>
74 vidas se perdieron en los combates, disponible en <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-943141>

A la ofensiva, disponible en <https://www.semana.com/nacion/articulo/la-ofensiva/40193-3>

Alto mando releva tres coroneles, disponible en <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-911061>

Chengue, una masacre sin ruido, disponible en https://web.archive.org/web/20080828044723/http://www.semana.com/wf_InfoArticulo.aspx?idArt=114043

Coincidencias macabras, disponible en https://web.archive.org/web/20081016045733/http://www.semana.com/wf_InfoArticulo.aspx?IdArt=649

COMITÉ INTERNACIONAL DE LA CRUZ ROJA (2017): *Colombia. Los 10 términos que no se pueden confundir a la hora de hablar de DIH*, disponible en <https://www.icrc.org/es/document/terminos-para-entender-mejor-el-derecho-internacional-humanitario-dih-en-colombia>

Estos son los periodistas asesinados en Colombia por causas asociadas a su oficio, disponible en <https://www.flip.org.co/index.php/es/impunidad-casos/item/2187-estos-son-los-periodistas-asesinados-en-colombia-por-causas-asociadas-a-su-oficio>

Farc contraatacan en La Llorona, disponible en <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-911234>

III. Convenio de Ginebra relativo al trato debido a los prisioneros de guerra, 1949, disponible en <https://www.icrc.org/es/doc/resources/documents/treaty/treaty-gc-3-5tdkwx.htm#TTULOI-DISPOSICIONESGENERALES2>

La imposición del silencio. Los asesinatos de periodistas de Colombia 1977-2015 <http://www.centrodehistoriahistorica.gov.co/micrositios/periodistas/pdf/cap1-la-palabra-y-el-silencio-violencia-contra-periodistas.pdf>

Pablo Escobar y la política, disponible en <http://focoeconomico.org/2012/07/03/pablo-escobar-y-la-politica/>

Primer mes de la retoma del Caguán, disponible en <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1343094>

Puerto Inírida, una trinchera, disponible en <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-959700>

Se entrenaban para matar picando campesinos vivos, disponible en https://web.archive.org/web/20070928043116/http://www.partidoliberal.org.co/root/index.php?option=com_content&task=view&id=1053&Itemid=16